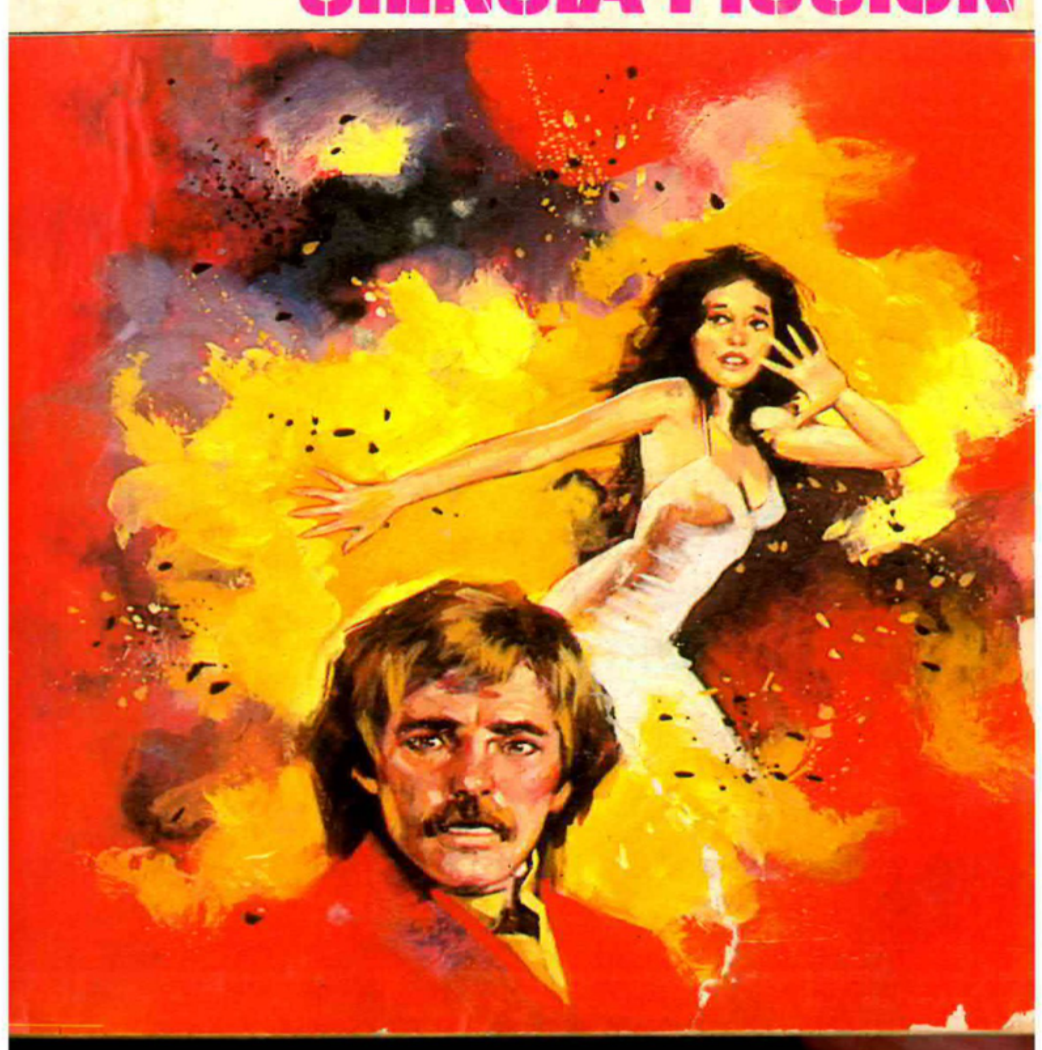
BOLSILIBROS BRUGUERA

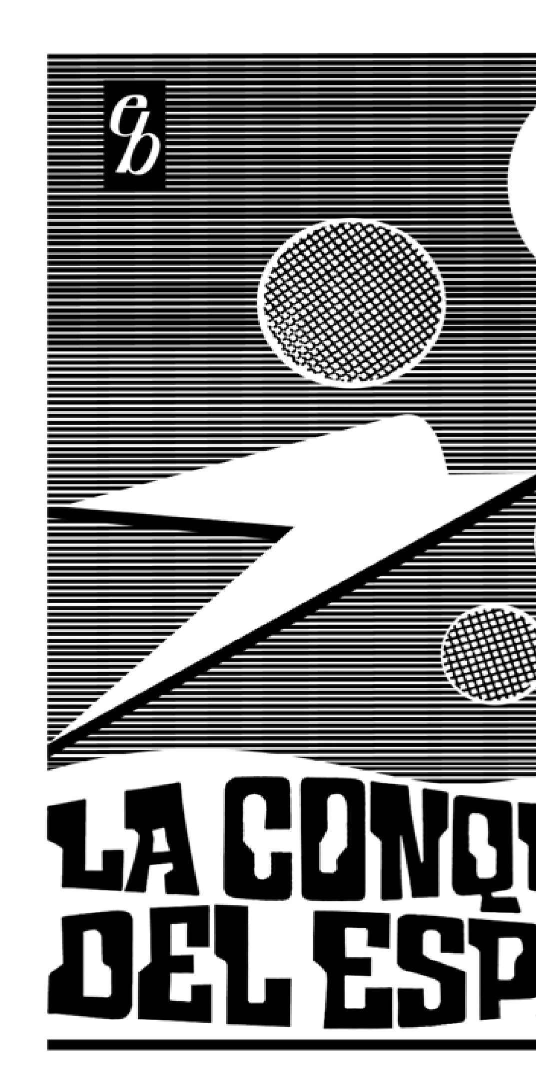
la conquista del ESPACIO

ENIGMA COSMICO

Clark Carrados

CIENCIA FICCION





eb
LA CONQ
DEL ESP

CLARK CARRADOS

ENIGMA COSMICO

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 411
Publicación semanal.
Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 15.788 – 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: JUNIO, 1978

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

CAPITULO PRIMERO

La nave apareció inesperadamente, sin que nadie conociera su procedencia, y se estableció en una órbita fija sobre la Tierra, a unos 36.000 km. sobre la superficie y, aproximadamente, en la vertical de las Azores. Ciertamente, los poderosos radares habían detectado el vuelo de la astronave, pero todos los intentos de abordarla y de entablar comunicación con sus tripulantes resultaron inútiles.

Era un aparato colosal. Medía casi dos kilómetros de largo y en su punto máximo tenía unos setecientos metros de ancho. La forma era muy extraña; algunos decían que parecía un árbol caído, dibujado por un pintor cubista. El árbol tenía su tronco y las ramas rectas, lo que significaba que había un cuerpo principal, de sección rectangular en algunos puntos y hexagonal en otros, con largos salientes que semejaban el ramaje de aquel fantástico árbol.

Los numerosos exploradores del espacio que contemplaron la nave desde el exterior no pudieron ver la menor abertura. Si la había, y tenía que haberla a la fuerza, sostenían personas de probada competencia, era imposible encontrarla por los medios comunes.

Aunque en un principio se temió en una posible amenaza, procedente de alguna remota galaxia, el paso del tiempo, sin que sucediera nada, disipó aquellos temores. Sin embargo, el enigma persistía y la curiosidad de los científicos de la Tierra no se había extinguido. Pero la misteriosa nave resistió victoriosa a todos 'os intentos que se realizaron para penetrar en su interior.

Entonces fue cuando la Fundación Habbalon, una entidad dedicada al fomento de las artes y las ciencias, hizo imprimir y distribuir millones de pasquines con el siguiente texto:

> ¡RECOMPENSA! La Fundación Habbalon pagará la suma de 10.000.000 U.M.T. a la persona o personas que logren penetrar en la astronave *Enigma Cósmico* y abran, sin daños para ésta, el camino a los investigadores científicos.
>
> NOTA: La suma ofrecida se entiende libre de impuestos, que correrán a cargo de la F.H.

Aquel anuncio tuvo la virtud de espolear a la gente, después de que, durante largos meses, la nave había dejado de ser ya objeto de curiosidad. Por primera vez, aquella astronave recibía un nombre serio —se le habían aplicado muchos, irónicos y disparatados en su mayoría—, y por otra parte, la recompensa ofrecida, libre de impuestos, era capaz de galvanizar a un difunto

que se hubiera suicidado por no poder pagar sus deudas. Diez millones de Unidades Monetarias Terrestres, vulgarmente llamadas discos, no era una fruslería precisamente.

Por tanto, los aventureros se pusieron en marcha, a fin de ganar la recompensa ofrecida por la Fundación Habbalon. Pero, durante mucho meses, todos los esfuerzos para romper aquel enigma resultaron inútiles. Hubo quien habló de emplear una bomba atómica, para romper uno de los mamparos exteriores de la *Enigma Cósmico,* pero la idea fue desechada. Si la nave sufría daños irreparables, no habría recompensa.

Poco a poco, las tentativas fueron disminuyendo en número e intensidad y la *Enigma Cósmico,* pese a que continuaba inmutablemente en su órbita, fue pasando al olvido, hasta que nadie, o casi nadie, se acordó ya de ella.

***

El capitán Erlander, comandante de la astronave *Dulce Anita,* bramaba de rabia en su cámara, mientras la mujer que tenía frente a él sonreía perversamente.

—No tiene otra solución que firmar, capitán —dijo ella—. Cientos de pasajeros han sido testigos del salvamento. Su nave ha orbitado a la deriva durante días enteros, a causa de la avería en sus motores principales de propulsión. Nosotros le hemos salvado; no sólo le hemos dado remolque, para que volviese a la órbita perdida, sino que, además, hemos reparado la avería. Esto es un caso claro de salvamento y yo tengo derecho a la recompensa prescrita por las leyes.

—¡Un tercio del valor de la nave y de su cargamento!—exclamó Erlander, presa de un furor sin límites.

—Es la ley, capitán —dijo la mujer—. Yo no la inventé, ni estaba en el Parlamento ni discutí la ley con otros diputados.- Su nave se había desviado de la órbita y volaba derechita hacia Júpiter. Ahora órbita correctamente hacia la Tierra y se debe a nuestro esfuerzo. Firme, porque no le queda otro remedio y porque, hablando claramente, no está en situación de afrontar un pleito que perdería irremisiblemente.

Sobrevino un momento de silencio. Luego, Erlander agarró el papel que ella tenía en la mano, lo puso sobre la mesa y firmó violentamente.

—Ahí lo tiene —barbotó—. Y ojalá usted y sus piratas revienten en cuanto pongan el pie en la tierra firme.

La mujer se echó a reír.

—No reventaremos, descuide —contestó. Dobló el papel y lo guardó en el seno—. Su nave transporta, además de la mercancía, seiscientos pasajeros. Son seiscientas vidas que hemos salvado, no lo olvide.

La puerta se cerró. Desesperado, Erlander se cogió la cabeza con las manos. Estaba a punto de echarse a llorar. Tenía la seguridad de que había sido objeto de una trampa, pero no podía demostrarlo.

Y, era preciso reconocerlo, de no haber sido por la oportuna intervención de los tripulantes de la otra astronave, la

Dulce Anita, se habría perdido irremediablemente sobre Júpiter.

Ame Thuiver formaba parte del pasaje. Estaba en el pasillo, a pocos pasos de la cámara del capitán, apoyado negligentemente contra uno de los mamparos, y se enderezó al ver salir a la mujer.

Ella le vio también y se detuvo bruscamente.

—¿Qué haces aquí, Arne? —preguntó.

Thuiver demoró la respuesta unos segundos. Delante de sí tenía a una mujer de unos treinta años, alta, corpulenta, de pechos rotundos y sólidas caderas, pelo pajizo y ojos tan azules que parecían trocitos de hielo. No era guapa realmente, pero todo su cuerpo emanaba un poderoso atractivo sensual, que la hacía irresistible en la mayoría de las ocasiones. Thuiver lo sabía muy bien: había llegado a ser el amante de aquella mujer, años atrás, hasta que sucedieron dos cosas que le hicieron ver la realidad de las cosas.

En primer lugar, Billie Kulaski carecía de moral. Se dejó amar una temporada, hasta que se hartó de él, lo cual le convenció de que la palabra fidelidad no existía para ella. Y, en segundo lugar, un día, cuando estaban juntos en la cama, descubrió un detalle que le hizo sentir una invencible repugnancia. Billie no tenía la culpa, claro, pero no le gustaba mirar a una mujer que tenía un ojo de cristal, exactamente el izquierdo. Había caído en sus brazos, lleno de ingenuidad, como un adolescente que tiene su primera experiencia sexual y, aunque algunos fieles amigos le advirtieron la calaña de aquella mujer, no los creyó nunca, hasta que pudo comprobar por sí mismo la certeza de algunas acusaciones que se hacían contra ella.

La figura de Billie *la Tuerta,* como ahora ya se la llamaba abiertamente, no había perdido nada con el paso de los tiempos, pero su carácter y sus sentimientos habían empeorado sensiblemente en aquel lugar.

—Quería comprobar una cosa —respondió Thuiver al cabo—. Seguramente, el capitán Erlander te ha firmado el reconocimiento de salvamento.

—Así es. Ame, tú conoces muy bien la ley. Un tercio del valor de la nave y de la carga me pertenece. La *Dulce Anita* no tenía salvación.

—Es una lástima que no se pueda probar que fue un accidente provocado, Billie. Esta nave transporta pieles de Kakhastan VI, las más valiosas de la galaxia; esmeraldas de Ophir II, dos mil metros cúbicos de madera de cedro de Oyhane IV, con la que se construyen sillas que valen su peso en oro... Un buen golpe, ¿verdad, Billie?

La cara de la mujer se atirantó.

—Arne, no te metas en esto —dijo secamente.

—Los motores dejaron de funcionar, porque habían saltado sucesivamente los disruptores principales, el de norma y el de repuesto —expresó él sin perder la calma—. El primero saltó por una sobrecarga excesiva, debida a un inhábil manejo del encargado de mantenimiento. El segundo se fue al cuerno, por defectos estructurales; El encargado de mantenimiento se llama Royd Quarry y compró la segunda pieza averiada en Oyhane IV, en el almacén de pertrechos de Sam Horraston.

Billie entornó los ojos.

—Sabes mucho, Arne —murmuró.

—No. Simplemente, he deducido lo que ha ocurrido. Por supuesto, el capitán Erlander ignora que Quarry pertenece a tu banda, aunque se enrolase como tripulante en este viaje. Pero es que tú y los tuyos sabíais la clase de cargamento que la *Dulce Anita* traería a su vuelta. ¿Cuánto os va a reportar este golpe, Tuerta?

Si había algo que enojara e Billie Kulaski era que le recordasen su defecto. El ojo bueno emitió un brillo maligno.

—Voy a decirte algo, Arne —habló en voz baja—. No te metas en mis asuntos. Déjame en paz, no hagas nada o te pesará. Te recuerdo con todo afecto... pero si te interpones en mi camino, te aplastaré como si fueses una hormiga. ¿Lo has entendido?

Thuiver sonrió.

—Te expresas con toda claridad, Tuerta. Lo tendré en cuenta —respondió.

Billie se marchó, vomitando maldiciones. Los tripulantes de su nave no sabían por qué volvía con tan mal genio, puesto que había conseguido del capitán Erlander el reconocimiento del salvamento y ello iba a proporcionarles una suma colosal. Lo entendieron cuando Billie mencionó el nombre de Ame Thuiver.

—Espero que no haga —dijo uno de los miembros de la tripulación, a la vez que probaba sobre la yema del pulgar el filo de su cuchillo—. Porque si intenta meter las narices en este asunto...

—No hará nada —aseguró Billie. Pero su respuesta carecía de convicción. Había llegado a conocer a Arne Thuiver y sabía que su antiguo amante no se quedaría cruzado de brazos.

Apenas puso el pie en el astropuerto, Billie se encaminó al tribunal competente y planteó la demanda judicial adecuada al caso. El juez Skelton la admitió y se iniciaron los trámites del pleito correspondiente.

Aquella misma noche, Iván Tsugareff, segundo piloto de la astronave de Billie, trajo un pasquín que había arrancado de una pared cercana al lugar donde solían reunirse todos los miembros de la tripulación. Billie leyó muy interesada el contenido del pasquín, pero su atención se disipó bien pronto.

—Bah —dijo, a la vez que arrugaba el papel para hacer una bola, que luego arrojó a un rincón—, qué son diez millones para nosotros, si el tercio del valor de la nave y del cargamento representan una cantidad diez veces superior, tirando por lo bajo. No merece la pena que nos rompamos los sesos tratando de entrar en un sitio que no tiene puertas.

—De todos modos, ahora que tendremos dinero en abundancia, valdría la pena gastar unos cientos de miles en probar —insistió Tsugareff.

—Primero, vamos a ganar el pleito. Después...

—El «después» llegó dos semanas más tarde, cuando los armadores de la *Dulce Añila* presentaron pruebas e n contra de la demanda de Billie. Las pruebas consistían en la deliberada negligencia de Royd Quarry en el manejo de los instrumentos confiados a su cuidado y en la compra de un aparato defectuoso. El disruptor vendido por Sam Horraston procedía de una serie anulada por la compañía que los fabricaba, que se había deshecho de ellos para chatarra. Una investigación a fondo había hallado señales de manipulación prohibidas por los manuales de funcionamiento y manejo, por lo que, en vista de las pruebas aducidas por los armadores, la demanda quedaba desestimada.

En el juicio declaró Arne Thuiver. Cuando el juez le preguntó su profesión, Thuiver respondió que era investigador a sueldo de la compañía que había asegurado el cargamento. A la pregunta de que si sospechaba podía producirse un sabotaje durante el transcurso del viaje, Thuiver respondió que se encontraba a bordo de la nave en su calidad de investigador y en la variante de protector de la valiosa mercancía que transportaba la *Dulce Añila.*

Los expertos corroboraron las-declaraciones de Thuiver. El juez declaró «no ha lugar» y la demanda fue desestimada. Por si fuese poco, se consideró culpable de accidente intencionado a Royd Quarry y el juez dispuso fuese ingresado en prisión. Pero la policía no pudo capturarlo, porque había desaparecido.

La furia de Billie no conoció límites. Era una mujer vengativa y no podía dejar pasar por alto la destrucción de un plan largamente meditado. Había esperado conseguir cincuenta millones y todas sus ilusiones habían sido frustradas por un hombre del que llegó a estar enamorada durante algún tiempo.

Billie se dijo que Arne debía pagar su victoria.

CAPITULOII

Había estado cenando en un restaurante, a cuyo dueño conocía desde hacía años y, al terminar, decidió regresar a pie a su casa, que no distaba mucho del local que acababa de abandonar. Apenas había caminado cincuenta pasos, dos hombres salieron del callejón oscuro y la emprendieron a golpes con él.

Sorprendido, Thuiver cayó a la primera embestida. Aunque la luz era escasa, pudo reconocer a uno de sus atacantes: Nash Larsen, un tipo delgado, de cara ratonil y pelo rizado, con los sentimientos de un caimán hambriento. El otro era Sing Hoo, el tibetano, un tipo a quien sus propios compinches apodaban Media Tonelada, debido a su volumen físico. Se decía que Hoo había roto más de una espina dorsal, mediante el simple procedimiento de apoyar la espalda del rival sobre su rodilla y empujar hacia abajo con ambas manos. Como fuese, era un enemigo peligroso.

Thuiver consiguió levantarse. Empleó el puño derecho y Larsen salió catapultado hacia la pared más próxima. Hoo era algo más lento y había salido detrás de su compinche, pero ya estaba listo para el ataque. Cerró la mano y el puño, gigantesco, fue a la mandíbula del investigador.

Thuiver saltó hacia atrás y cayó por segunda vez, cuan largo era, completamente sin sentido. Larsen, rehecho, corrió hacia él, con su afilado cuchillo en la mano. Hoo extendió el brazo. —No. La sangre es muy escandalosa —dijo. Y se inclinó para levantar al inconsciente Thuiver y ejecutar en él su acción favorita. Pero, en el mismo instante, una voz llamó la atención de los dos sujetos:

—Alto.

La voz tenía un, tono enteramente normal. Hoo y Larsen volvieron la cabeza al mismo tiempo.

Delante de ellos había una mujer, envuelta por completo en una capa negra, larga hasta el suelo. Una mano asomó por la abertura de la capa. Los dos rufianes vieron algo parecido a una pistola. De repente, el arma emitió dos rayos de luz, no demasiado intensa. Hoo y Larsen quedaron inmovilizados en el acto, convertidos en sendas estatuas.

La mujer pasó por delante de ellos y se inclinó sobre el caído. Puso una mano sobre su pecho y comprobó que el corazón latía normalmente. Acto seguido, y de uno de los bolsillos interiores de su capa, sacó algo que parecía un cinturón y que colocó en torno a la cintura del joven. Un segundo después, levantó la mano.

Thuiver se elevó en el aire, sin haber recobrado todavía el conocimiento. La mujer echó a andar, con su mano a diez centímetros del pecho de Thuiver, que se movía a la misma velocidad que su inesperada salvadora. Treinta segundos más tarde, pasaron por delante de un guardia que hacía su ronda nocturna. El guardia abrió los ojos desmesuradamente, al ver al hombre que se desplazaba en posición horizontal, a poco más de un metro del suelo.

Ella sonrió encantadoramente.

—Mi marido no tiene mesura con el vino —dijo—. Buenas noches, agente.

El guardia se llevó una mano a la gorra.

—Bu...enas noches, señora... —tartamudeó.

Aquel suceso no figuró en su informe: Su jefe habría pensado que estaba borracho.

Al cabo de un minuto, Thuiver, todavía sin sentido, fue a parar al interior de un aeromóvil. La mujer se sentó en el puesto del piloto y el aparato se elevó raudamente en la negrura de la noche, perdiéndose de vista en pocos segundos.

Hoo y Larsen recobraron la movilidad cinco minutos después.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el tibetano.

Larsen miró en todas direcciones.

—Alguien usó una pistola paralizante...

—Y ese maldito Thuiver ha escapado.

—Sí.

A Billie no le iba a gustar, pensó Larsen, mientras, resignado, emprendía el camino de regreso a la guarida. Billie le había prometido una noche de amor, si volvía con la noticia de la eliminación de Thuiver. Otro disfrutaría de sus favores, pensó melancólicamente.

***

Thuiver abrió los ojos y se encontró tendido en un diván, con un dolor espantoso en la mandíbula. Se tanteó el mentón con la mano. Por fortuna, se dijo, tenía los huesos duros.

—Ese condenado tibetano pega fuerte —masculló, a la vez que se sentaba en el diván.

De pronto, advirtió que aquella decoración no pertenecía a su casa.

—¿Dónde diablos estoy? —masculló. La casa era grande, decorada con sobria elegancia. Los colores dominantes eran el blanco crema y el fucsia. El suelo era de madera espejeante. Pendientes de las paredes vio reproducciones de cuadros célebres en tamaño natural. Vio una barra en un rincón y se puso en pie, dispuesto a servirse una copa. Entonces, apareció una mujer ante sus ojos.

Thuiver la contempló atónito. Ella era alta, muy esbelta, de pelo intensamente negro y ojos grandes, rasgados, con pupilas verdes. La piel tenía un agradable color canela claro. En los labios, apreció, no había la menor sombra de maquillaje, pero poseían la suficiente riqueza sanguínea para no necesitar el lápiz labial.

Ella sonrió.

—Celebro que se encuentre mejor —dijo, mientras ponía la bandeja sobre una mesa—. Voy a mejorar más su estado, con un poco de café. Si le gusta, claro.

—Me gusta, en efecto —respondió Thuiver—. Pero, ¿quién es usted? ¿Por qué estoy aquí?

—Dos tipos le asaltaron. Querían asesinarlo.

Thuiver asintió.

—Sí, sé quiénes eran —manifestó—. Usted, por lo visto, intervino... ¿La ayudó alguien?

—¿Por qué había de ayudarme alguien, Arne?

—Bueno, peso más de ochenta kilos... Usted es una mujer y no parece lo suficientemente fuerte como para levantarme en vilo...

Ella sonrió.

—Ya se lo explicaré —dijo—. De momento, le conviene saber mi nombre: Zelpha.

—Zelpha... ¿sin apellido?

—Es muy largo y complicado, de modo que no merece la pena perder tiempo enseñándole a pronunciarlo. Tome, su café.

Atónito, sin comprender muy bien lo que le sucedía, Thuiver bebió el café, que encontró gratamente estimulante. Zelpha estaba sentada en una silla frente a él, con las rodillas juntas.

—Estuve presente en el juicio de demanda de salvamento

—dijo ella.

—Oh, ñola vi en la sala...

—Me situé en un rincón discreto. Su actuación me pareció muy elogiable, sobre todo, si se tiene en cuenta que parte del cargamento de la *Dulce Anita* me pertenece.

—La felicito. ¿Cuál es esa parte del cargamento que le pertenece, Zelpha?

—La madera. Usted conoce el valor del cedro de Oyhane IV. Gracias por su intervención, Ame.

—Bien, si le hice un favor, usted me lo ha devuelto con creces. El que tiene que estar agradecido soy yo. Pero si me permite una observación, le diré que mi casa estaba mucho más cerca del lugar donde fui atacado.

—Lo sé. Sin embargo, preferí traerle a la mía. No quería que el ataque se repitiese.

—No entiendo...

Zelpha sonrió.

—Necesito que me ayude, Arne —dijo.

***

—Creo que ya se siente lo suficientemente bien para tomar una copa —continuó Zelpha, tras una ligera pausa. Se puso en pie—. Pero antes, por favor, cuénteme algo de Billie Kulaski y su tripulación.

—Mejor sería decir su banda —contestó Thuiver—. Parece algo incomprensible, pero todos la obedecen ciegamente. Ella es la que manda y sus decisiones son inapelables. Pero, además...

—Además, ¿qué? —preguntó Zelpha, que ya volvía con la copa en la mano.

—Bien, si conoce usted el significado de la palabra poliandria, se dará cuenta de la clase de relaciones que unen a Billie con sus forajidos. Ella le miró

estupefacta.

—¿Quiere decir que todos ellos son sus maridos? —Oh, técnicamente, bueno, según la ley, no. Billie no está casada con ningún hombre, aunque para el caso, da lo mismo. Cada noche cambia de... esposo. " —¡Caramba, vaya voracidad! —Algunos dicen que es ninfómana. Puede que sea verdad; pero el caso es que usa sus encantos para retener a esa cuadrilla a su alrededor. Aparte del genio. La Tuerta es una mujer dura, muy dura.

—La Tuerta —respingó Zelpha, que iba de sorpresa en sorpresa.

—Tiene un ojo de cristal. Hace años, uno de sus amantes, despechado por verse expulsado de su cama, quiso matarla. Ella esquivó en parte el golpe, pero la punta del cuchillo le destrozó el globo ocular izquierdo. Intentó hacerse trasplantes de ojo en un par de ocasiones, pero la cosa no funcionó. Su organismo rechazaba sistemáticamente todo cuerpo extraño.

—Debe de ser por su mala sangre —sonrió la joven.

—Algunos así lo aseguran —convino Thuiver irónicamente—. Bien, el caso es que tuvo que recurrir al viejo procedimiento del ojo de cristal. El parche negro no le gustaba.

Zelpha miró críticamente a su huésped. —Usted parece conocerla bien —dijo. —Lo admito —respondió él—. Fuimos amantes durante un tiempo. Yo tenía entonces veinticuatro años. Ella se cansó de mí, también debo reconocerlo, pero, además, vi en Billie otras cualidades que no me gustaron. Entonces, la ruptura me pareció menos dura. Y ahora no lo lamento en absoluto. —Billie se ha convertido en su enemigo, Ame. Thuiver se encogió de hombros.

—Le he estropeado un negocio de cincuenta millones —declaró—. Fue un plan bien ideado, pero pésimamente ejecutado. Otras veces lo han hecho mejor.

—¿Quiere decir que no es la primera nave que piratean? —Así es. Incluso se rumorea que, en cierta ocasión, asaltaron y desvalijaron una astronave, tras asesinar a toda la tripulación. Era una astronave de carga, lo que significa una tripulación muy escasa. No había pasajeros que, al ser asesinados, pudieran provocar un escándalo, como hubiera sucedido en el caso de la *Dulce Añila.* A pesar de todos los adelantos técnicos no se ha conseguido poner pie en la superficie de Júpiter. Se supone que la nave asaltada fue lanzada contra ese planeta. Si fue así, ahora se halla bajo una atmósfera de miles de kilómetros de gases helados, amoníacos y metano, y teniendo en cuenta la gravedad, casi tres veces superior a la de la Tierra, el rescate de esa nave resulta imposible. —Después, vendieron la carga...

—Hay muchos mercaderes que compran sin hacer preguntas.

—Entiendo. Esta vez, sin embargo, decidieron actuar dentro de la legalidad, aunque hiciesen trampa.

—Bien, hubo un comerciante todavía más desaprensivo que ellos y les vendió una pieza defectuosa. Si les hubiese vendido una pieza en perfectas condiciones, la cosa habría resultado más difícil de probar, aunque hubiesen provocado la avería. Pero aquel disruptor estaba prohibido por la ley y ello fue lo que invalidó la reclamación de salvamento, al ser el causante de la investigación que se realizó, una vez formulada la demanda ante un tribunal.

—Y ahora, Billie Kulaski ha querido desquitarse —sonrió Zelpha.

—Estuvo a punto de conseguirlo —rezongó Thuiver—. Bien, usted me había dicho que necesita mi ayuda. ¿Para qué?

—Tenía que encontrarme en la Tierra con un hombre. Ha desaparecido y no sé dónde está. Debió de llegar hace aproximadamente un año, pero, por más que lo he intentado, no he logrado dar con él. Usted es investigador...

—De una compañía de seguros, no lo olvide.

—Pero con experiencia, Arne.

—Alguna —admitió con una sonrisa.

Zelpha volvió a ponerse en pie. Fue a la barra y regresó con una cartulina en la mano.

—Este es el nombre —dijo—. Se llama Hatko-Lon. Encuéntrelo y tendrá una recompensa de diez mil U.M.T.

Thuiver miró largamente a la hermosa joven que tenía frente a sí.

—Zelpha, dígame, ¿por qué quiere encontrar a Hatko-Lon? —inquirió.

—Permítame que, por ahora, me reserve los motivos —contestó ella reposadamente—. Sin embargo, debo indicarle que no se trata de nada delictivo. Ni tampoco lo busco para vengarme de él. —Zelpha se puso seria —. No soy como Billie Kulaski.

—Se advierte en seguida —dijo Thuiver—. Bien, intentaré buscar a ese hombre... Pero no garantizo los resultados.

—Usted lo encontrará, Arne. Quiero pedirle, además, otro favor.

-¿Sí?

—Deje su empleo por una temporada. Yo le pagaré el sueldo que percibe en la actualidad, más un veinte por ciento de aumento, aparte de la recompensa ofrecida. Deseo que se concentre en la búsqueda de Hatko-Lon.

—Antes dijo que tenía que encontrarse aquí con ese individuo. De ello debo deducir que tanto usted como Hatko-Lon no son terrestres. ¿De dónde proceden?

—De Spathix —respondió la joven.
Thuiver silbó..

—Eso está muy lejos, casi mil años luz-dijo.

—Exactamente, novecientos ochenta y un años luz -confirmó la joven.

CAPITULOIII

Ya he encontrado la solución —dijo de pronto Royd Quarry.

Una docena de rostros se volvieron para mirarle. Quarry tenía ahora un aspecto enteramente distinto del habitual, puesto que era buscado por la policía. El cráneo aparecía completamente mondo, afeitado, y el bigote y la barba que usaba de manera habitual habían desaparecido también. Había sido una operación de enmascaramiento que hizo sangrar su corazón, él que se sentía tan orgulloso de su abundante cabellera y de la barba y el bigote, que le conferían la apariencia de un noble del siglo XVII, pero con la policía en los talones, el orgullo había tenido que ceder paso a la seguridad personal.

—¿Que tienes qué? —preguntó Raschid Ben Halimi, otro de los miembros de la banda, de inconfundible origen árabe.

—La solución para los diez millones que ofrece la Fundación Habbalon por penetrar en el interior de la *Enigma Cósmico.*

—Si es una solución como la que te facilitó Horraston... —dijo irónicamente Teck Larsen, el gemelo de Nash.

Los dientes de Quarry emitieron un chirrido de furor.

—Le romperé el cuello en cuanto me lo eche a la cara. ¿Cómo diablos iba a suponer yo que me vendiera una pieza prohibida por la ley?

—Ya no eres abogado —comentó burlonamente Enoch Ohalu, el hawaiano de la banda—. ¿Cómo abrirás la *Enigma Cósmico?* ¿Con un sacacorchos?

Quarry decidió dar de lado las burlas y extendió un papel sobre la mesa, en torno a la cual se hallaba congregada la mayoría de los componentes de la nave.

—Escuchad —dijo—. Lo he pensado todo muy bien y creo que dará resultado. Podemos hacerlo, puesto que tenemos herramientas e instrumentos necesarios en el cobertizo de nuestro astropuerto privado. Además, podemos comprar el casco de una nave tipo «Orea 5». Hay montones de esos cascos, que nadie quiere, porque no valen siquiera lo que costaría reducirlos a chatarra. Bien, dentro del casco, abierto por la proa, colocaremos la bomba.

—¿Qué bomba? —preguntó Ed Miller.

—La que abrirá el boquete en el costado de la *Enigma,* claro.

—Un momento —objetó Nash Larsen—. La Fundación pagará la recompensa solamente si se puede entrar en la nave sin causarle daños.

—Oh, vamos, vamos, ¿qué daño puede causar una bombita como la que yo he proyectado? Un agujero en uno de los mamparos... Si los sopletes pudieran fundir ese metal, también harían un agujero, ¿no?

Billie entró de pronto, silenciosamente, y quedó en pie junto a la mesa, contemplando el diseño de la bomba con su único ojo. En la mano izquierda sostenía una larga boquilla, con un cigarrillo humeante.

—Bueno, termina de explicarlo de una vez —pidió Sing Hoo impacientemente.

—Está claro, muchachos. Primero, se necesitan cien kilos de explosivo convencional, al que daremos forma de cilindro. Este cilindro irá envuelto en una capa de acero, de las dimensiones convenientes, la cual estará rodeada por otra envoltura del mismo metal. Entre ambas capas de acero, pondremos aire a doscientas atmósferas de presión. Luego, sobre la botella que encierra el aire y la dinamita, pondremos más cantidad de ésta y el conjunto en el interior del casco de la nave «Orea 5». —Quarry dio un puñetazo sobre la mesa—. Si esto no abre un agujero en el costado de la *Enigma Cósmico,* me corto... el cuello.

—El plan parece bueno, salvo por un detalle —objetó Nash Larsen.

—¿Sí? Anda, dímelo tú, tipo listo.

—¿Cómo pegarás fuego al petardo?

—En el exterior del conjunto situaré una batería eléctrica, unida por cables a la carga explosiva interna. Una señal de radio, hecha desde prudente distancia... y ¡boom!, los diez millones para nosotros.

—Si causas demasiados daños, la Habbalon se negará a pagar la recompensa.

La objeción procedía del otro gemelo Larsen. Entonces, intervino Billie, silenciosa hasta aquel momento.

—No importa que causemos desperfectos —dijo—. La nave está abandonada. Podemos reclamarla como nuestra, si somos los primeros en penetrar en su interior.

—No está mal —murmuró Raschid, mientras se acariciaba pensativamente su negra perilla.

—Y, con toda seguridad, habrá objetos muy valiosos, que nos resarcirán de la posible pérdida de recompensa —añadió la mujer—. Royd, anda, empieza a trabajar. —Necesitaré dinero —alegó Quarry. —Haz primero los planos a conciencia. Mañana tendrás... ¿Cuánto crees necesitar, Roy?

—Unos cinco mil. Creo que serán suficientes. Billie asintió. Luego, su único ojo escrutó los rostros de los presentes. Al final, su mirada se detuvo en el hawaiano. —Ven, Enoch —ordenó. Ohalu se puso en pie. —Sí, Billie —contestó.

—Buenas noches a todos —se despidió la mujer. —Buenas noches —contestaron los piratas a coro.

* **

El capitán Sands estudió detenidamente la fotografía que le presentaba -su visitante. Al cabo de unos momentos, tocó una tecla.

—Margot, tráigame el expediente 441-A —pidió por el
interfono...

—Bien, señor —respondió la secretaria.

Minutos más tarde, Sands tenía en las manos una carpeta. Comparó la fotografía que le había llevado Thuiver con las que había en el expediente y luego se encaró con el joven.

—Celebro conocer su nombre —dijo—. Así podremos ponerlo en tu tumba.

Thuiver meneó la cabeza.

—Muerto —murmuró.

—Asesinado y desvalijado... Sólo les faltó llevarse el pelo. Fue lo único que le dejaron. El cadáver fue encontrado absolutamente desnudo.

Thuiver pensó en la decepción que iba a llevarse Zelpha. Después de varias semanas de intensas pesquisas, había logrado al fin dar con la pista de Hatko-Lon.

—¿Sabes si le vio alguien en un local público antes de su muerte? Un restaurante, un hotel...

—No, nadie se presentó a reclamar su cuerpo y mucho menos a identificarlo. Los ladrones le despojaron de todo y lo abandonaron en el descampado donde

lo encontramos.

—¿Causas de la muerte?

—Puñalada en el corazón. Fallecimiento instantáneo. Cuando se encontró el cuerpo, habían pasado ya ocho días. Las ratas —¡todavía hoy, en pleno siglo XXIII!—, ya habían hecho de las suyas en el cadáver.

—Pero, entonces... la cara estaría desfigurada...

—El forense hizo un buen trabajo de reconstrucción de fisonomía. Lo hacemos en casos semejantes, por si un día se presentan los familiares o alguna persona relacionada con la víctima.

Thuiver meditó unos instantes. Luego formuló una pregunta:

—¿Sospechas de alguien en particular, Mike?

Sands hizo un gesto negativo.

—Lo siento. Los posibles sospechosos presentaron coartadas inatacables. Si Hatko-Lon llevaba sobre sí objetos de valor, los hicieron desaparecer... por ejemplo, fundiendo el oro y desmontando las piedras preciosas. En cuanto al dinero... bien, ¿quién puede seguir la pista de un puñado de billetes desaparecidos hace un año?

—Sí, tienes razón —Thuiver se puso en pie—. Gracias por todo y disculpa las molestias.

—No te preocupes, Ame, dime una cosa, ¿qué te importa a ti la muerte de Hatko-Lon?

—Me contrataron para investigar su paradero. Posiblemente, su prometida.

—Ya. Siento haberte dado noticias desagradables.

—Casi me lo esperaba —se despidió Thuiver.

Aquella misma noche, Zelpha conoció la suerte que había corrido el hombre con quien debía encontrarse en la Tierra. Zelpha lloró un poco y luego consiguió serenarse.

—¿Era una persona muy querida? —preguntó Thuiver.

—No, en el sentido que usted piensa. Simplemente éramos buenos amigos.

—¿Puedo saber por qué querían encontrarse en la Tierra?

Hubo i-.n instante de silencio. Luego, Zelpha se levantó y abandonó la sala, para volver a los pocos minutos con algo que parecía una tableta de chocolate, aunque de color oscuro, provista de media docena de botones rojos. En uno de sus lados se divisaba una ranura en forma de media caña.

—Hatko-Lon tenía la otra mitad —dijo.

—¿Qué aparato es ése? —preguntó Thuiver, muy extrañado.

—Cuando esté completo, si encontramos la otra mitad, tendremos la llave que permitirá la entrada en la *Enigma Cósmico.*

***

En silencio, se levantó, fue a la barra y se sirvió dos dedos de whisky.

—Dígame, Zelpha —habló, pasado casi un minuto—, ¿qué hay a bordo de la nave?

—Si se lo digo, no me creerá, Arne.

—Y si no me lo dice, creeré cosas disparatadas.

Zelpha sonrió.

—Tiene razón —admitió.

Cuando Thuiver lo supo, se quedó estupefacto.

—Increíble —calificó.

—Es absolutamente cierto, Arne.

De nuevo sobrevino otra pausa de silencio.

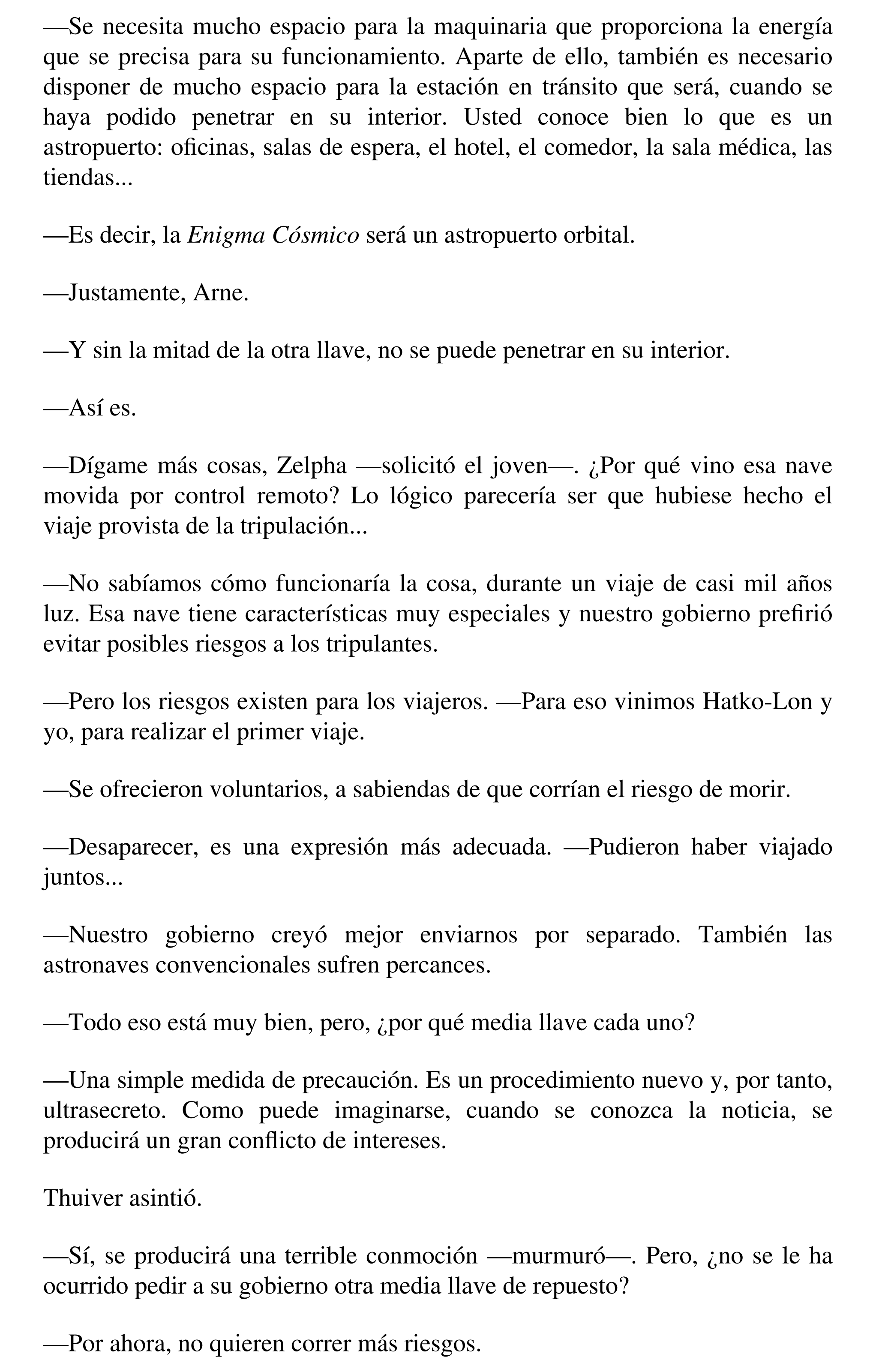
—Zelpha —dijo Thuiver al cabo—, esa nave, ¿vino por control remoto?

—Sí.

—Entonces, está deshabitada.

—Exacto.

—Pero... tan enorme...



—Se necesita mucho espacio para la maquinaria que proporciona la energía que se precisa para su funcionamiento. Aparte de ello, también es necesario disponer de mucho espacio para la estación en tránsito que será, cuando se haya podido penetrar en su interior. Usted conoce bien lo que es un astropuerto: oficinas, salas de espera, el hotel, el comedor, la sala médica, las tiendas...

—Es decir, la *Enigma Cósmico* será un astropuerto orbital.

—Justamente, Arne.

—Y sin la mitad de la otra llave, no se puede penetrar en su interior.

—Así es.

—Dígame más cosas, Zelpha —solicitó el joven—. ¿Por qué vino esa nave movida por control remoto? Lo lógico parecería ser que hubiese hecho el viaje provista de la tripulación...

—No sabíamos cómo funcionaría la cosa, durante un viaje de casi mil años luz. Esa nave tiene características muy especiales y nuestro gobierno prefirió evitar posibles riesgos a los tripulantes.

—Pero los riesgos existen para los viajeros. —Para eso vinimos Hatko-Lon y yo, para realizar el primer viaje.

—Se ofrecieron voluntarios, a sabiendas de que corrían el riesgo de morir.

—Desaparecer, es una expresión más adecuada. —Pudieron haber viajado juntos...

—Nuestro gobierno creyó mejor enviarnos por separado. También las astronaves convencionales sufren percances.

—Todo eso está muy bien, pero, ¿por qué media llave cada uno?

—Una simple medida de precaución. Es un procedimiento nuevo y, por tanto, ultrasecreto. Como puede imaginarse, cuando se conozca la noticia, se producirá un gran conflicto de intereses.

Thuiver asintió.

—Sí, se producirá una terrible conmoción —murmuró—. Pero, ¿no se le ha ocurrido pedir a su gobierno otra media llave de repuesto?

—Por ahora, no quieren correr más riesgos.

—Lógico —admitió él—. Lo malo es que quizá haya desaparecido esa media llave.

Zelpha se sintió consternada.

—Sería horrible…

—Lo siento, pero tiene que ir haciéndose a la idea de que la cosa se ha estropeado. Hatko-Lon ha muerto, lo asesinaron para robarle y, como me ha dicho el capitán Sands, buen amigo, sólo le dejaron encima el vello corporal. Los ladrones verían que esa media caja no servía para nada y la tirarían a alguna alcantarilla... o quizá a un basurero, en cuyo caso, fue triturada...

Zelpha, desanimada, se sentó y quedó con las manos en el regazo.

—Tendré que informar al gobierno de nuestro fracaso —dijo, muy afligida.

Thuiver levantó una mano.

—Todavía no se ha perdido todo —manifestó—. Zelpha, la policía no se ha preocupado gran cosa del asunto, puesto que desconocía su importancia. Á fin de cuentas, no es raro que se encuentre el cadáver de un hombre, asesinado y desvalijado. Pero lo que la policía no puede hacer, nosotros sí podemos.

—¿Cómo? —preguntó ella, esperanzada.

—Dinero —Thuiver sonrió—. El dinero ata y desata las lenguas —añadió mefistofélicamente.

—Dígame lo que necesita y se lo daré en el acto —exclamó la joven con gran vehemencia.

—Antes de hablar de dinero, hablemos mejor de otra cosa. ¿Sabe usted, por casualidad, si Hatko-Lon llevaba sobre sí alguna joya de valor?

—Sí, Arne.

CAPITULO IV

Perry Martin, bajo, calvo, de orejas puntiagudas y ojos saltones, contempló atentamente el dibujo que Ame Thuiver había puesto sobre el mostrador de su tienda de empeños.

Al cabo de un rato, tosió. Thuiver sonrió.

—Perry, no quiero meterte en líos —dijo—. No sólo voy a ser absolutamente discreto, sino que te pagaré mil «discos» si me dices quién te trajo este anillo.

—Mil unidades —respingó el prestamista.

—Ni un centésimo menos.

Impasible, Thuiver sacó un fajo de billetes, contó veinte, los puso sobre el mostrador y luego los empujó hacia Martin.

—Ahí están —indicó.

Martin se apoderó inmediatamente del dinero.

—Se llama Meg Porter —informó.

—¿Y vive en...?

—Diecisiete, setecientos once.

—¿Tienes ahí el anillo?

Martin remoloneó un poco.

—Pagué doscientos cincuenta —dijo.

Thuiver puso tres billetes más sobre el mostrador.

—Dámelo.

Instantes después, tenía en la mano un hermoso anillo de oro, con un sello que era un disco adornado con un gran diamante, rodeado de una corona de rubíes y esmeraldas. En el interior del anillo aparecían las iniciales de su difunto propietario.

—No te «chives», Arne —suplicó el prestamista.

—Me has hecho un favor y lo tendré en cuenta.

Desde la puerta, se volvió y miró al sujeto.

—Pero ten cuidado la próxima vez —avisó—. El dueño de este anillo murió asesinado.

—¡Rayos!

—No, fue una puñalada.

El aerotaxi que Thuiver tomó a continuación le dejó frente al número 711 de la Avenida 17 T. Thuiver había pasado casi una semana, recorriendo las tiendas de prestamistas, con el dibujo del anillo, que había realizado él mismo, aunque bajo el asesoramiento de Zelpha. Al fin, sus pesquisas habían dado resultado y tenía la primera pista.

También la policía lo hubiera conseguido, si dispusiera de fondos para sobornar a la gente, pensó. Pero la muerte de un desconocido era algo rutinario, que no había merecido demasiados esfuerzos por parte de los representantes de la ley. En fin, de nada servía continuar especulando sobre el asunto.

Un minuto más tarde, llamaba a la puerta del departa-' mentó de la vendedora del anillo.

***

Meg Porter contempló con curiosidad a su visitante. Era una mujer de unos treinta años, de grandes y sólidos pechos y amplias caderas. Se veía claramente que era una experta en las cosas de la vida. Para el gusto de Thuiver, resultaba un tanto voluminosa, pero no se podía negar cierto atractivo en su rostro, enmarcado por una abundante cabellera amarilla.

—Hola, Meg —dijo él—. Me llamo Arne y soy investigador privado.

—Vaya, creí que sería un cliente —respondió la mujer.

—Bueno, si lo prefiere así... ¿Puedo pasar?

—No soy barata —dijo Meg.

Cerró la puerta y se desabrochó la blusa con aire profesional. Thuiver le enseñó el anillo.

Meg se puso seria en el acto.

—¿Quién te lo ha dado? —preguntó.

—El mismo que me ha facilitado tu dirección. Pero antes de seguir adelante, quiero dejar bien sentada una cosa: todo lo que me digas, absolutamente todo, quedará entre tú y yo. No quiero ponerte en un compromiso, a menos que te niegues a colaborar. Entonces, intervendría el capitán Mike Sands... y no sería precisamente blando contigo.

—Me regalaron el anillo, no sé más.

—El anillo se lo quitaron a su dueño, después de coserlo a puñaladas.

Meg se estremeció.

—Diablos —murmuró—, eso no lo sabía yo.

—¿Qué te dijo «él», quienquiera que sea?

—Si quieres saber la verdad, no me regaló el anillo. Sólo me pidió que lo vendiese a alguien de confianza y que le entregase el dinero que me diesen por la joya, salvo el diez por ciento de comisión.

—Es decir, te quedaste veinticinco de los doscientos cincuenta que te pagaron...

—¡Qué doscientos cincuenta ni...! Me pagó doscientos, el muy... Lo que sucede es que yo le dije que sólo me habían pagado ciento cincuenta.

Thuiver sonrió. «Entre ladrones andaba el juego», pensó. Perry Martin le había sacado cincuenta U.M.T. de más. Meg, a su vez, había timado sesenta y cinco al tipo que le había dado el anillo, porque, lógicamente, de los supuestos ciento cincuenta recibidos, se había cobrado quince, el diez por ciento...

Ella sonrió también.

—Nos hemos robado descaradamente los unos a los otros —dijo.

—Algo hay de eso —admitió Thuiver—. Pero, en fin, no tiene demasiada importancia. Ahora quiero el nombre del tipo que te entregó el anillo.

—Gleason Parr, alias *Chivo Rojo*. Ten cuidado con él, es malo de veras.

—Tú no le tuviste miedo, Meg —dijo él.

—Procuro seguirle la corriente —Meg hizo una mueca—.



Si quieres que te sea sincera, me alegraré de que lo retiren de la circulación para unos cuantos años.

—Antes-de que eso suceda, tiene que darme una cosa. C), por lo menos, decirme dónde está. Gracias, Meg.

Thuiver metió la mano en el bolsillo y sacó un impresionante rollo de billetes, de los que separó cinco de cincuenta. Meg abrió unos ojos como platos.

—Oh, no, Arne, yo no me he ganado tanto dinero... Me hubiera conformado con cinco...

—¿Cobras cinco a todo el mundo?

—Depende —respondió ella maliciosamente.

Thuiver puso los billetes en el opulento escote de la rubia.

—No puedo quedarme hoy, pero te prometo volver otro día y pasaremos la noche juntos —dijo—. Y ahora, ¿quieres darme la dirección de Parr?

Meg asintió. Thuiver se encaminó hacia la puerta. Cuando iba a salir, Meg le hizo una pregunta:

—Arne, ¿qué tiene el Chivo Rojo de tanto interés para ti?

—Una llave.

La puerta se cerró. Meg sacó los billetes y los contó, sumamente complacida. Doscientos cincuenta «pavos» por unos minutos de conversación, no estaba mal...

Luego se preguntó qué podría abrir la llave que Arne buscaba con tanto empeño. Alguna caja fuerte, sin duda, pero eso no le importaba en absoluto.

***

La puerta se abrió. Sin más trámites, Thuiver disparó su puño derecho. Gleason Parr, alias *el Chivo Rojo,* cayó de espaldas con los pies por alto, perdido momentáneamente el conocimiento."

El ruido atrajo a una mujer, que apareció completamente desnuda. Vio a Parr en el suelo y chilló. Thuiver sacó un billete de cincuenta, hizo una pelota con él y se lo tiró a la mujer.

—Vístete y desaparece —ordenó.

Ella, amedrentada, asintió. Dos minutos más tarde, pasaba a toda velocidad por delante de Thuiver. Parr empezaba a sentarse ya, todavía con los ojos vidriados.

Al cabo de unos momentos, sacudió la cabeza. Miró a Thuiver y sus labios se contrajeron en una mueca de furor.

—¿Por qué me ha pegado? —preguntó.

Thuiver le enseñó el anillo. Parr se puso lívido.

—Oiga, yo no...

—El dueño del anillo apareció muerto, completamente desnudo y desvalijado de todos sus objetos personales, entre los que figuraba este anillo —dijo el joven fríamente—. Uno de esos objetos era una caja de control remoto, en forma de pitillera.

—Ah, la tengo ahí... No sé para qué diablos sirve y no la he tocado siquiera... Oiga, yo no lo asesiné, fue otro...

—No me interesa el otro —cortó Thuiver glacialmente.

Parr se había puesto ya en pie. El puño de Thuiver actuó por segunda vez, con tremenda contundencia.

Thuiver contempló al sujeto que yacía en el suelo. Tal vez .su perilla, que medía diez centímetros de largo, y su pelambrera, roja y alborotada, habían dado origen al apodo. Un tipo desalmado, pensó, que merecía pasarse entre rejas el resto de sus días.

En una consola, encontró la mitad de la llave, que guardó en uno de sus bolsillos. Luego fue al videófono y marcó un número.

El cuadrado rostro del capitán Sands se hizo visible unos segundos más tarde.

—¿Algo de interés, Ame? —preguntó.

—Sí. He localizado al asesino de Hatko-Lon. Bueno, él dice que fue otro, pero también tomó parte en el asunto. Ven cuanto antes a la Avenida Treinta y dos, 6877, sexta planta, apartamento C.

—No te muevas de ahí, Arne —dijo Sands. —Lo más que puedo hacer es atar al fulano —contestó el joven—. Pero tengo que marcharme inmediatamente. Adiós, Mike.

Cinco minutos más tarde, Thuiver abandonaba el apartamento. Cuando llegaba a la calle, oyó el aullido de una sirena policial.

***

Desde la proa de su nave, y a través de los amplios ventanales, Billie *la Tuerta* y sus secuaces contemplaban la *Enigma Cósmico,* inmóvil, reluciente como una joya de oro, a 36.000 kilómetros de la Tierra, blanca y azul bajo ellos. Estaban a unos dos mil metros de distancia y tenían la vista fija en el largo cigarro metálico que estaba adherido a uno de los costados del «tronco» de la nave misteriosa y que daba la sensación de que en aquel lugar hubiese crecido un dedo de acero, de ciento cincuenta metros de longitud'.

Un bote auxiliar volaba raudamente hacia la astronave de Billie. A los pocos minutos, los dos tripulantes penetraban en la cámara.

—Todo listo —informó Quarry, con la boca ensanchada en una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja.

—¿Ha quedado bien? —preguntó ella.

—Perfecto.

—Funcionará, descuida —dijo Nash Larsen, el gemelo que había actuado como ayudante de Quarry.

—Bien, ahora vamos a verlo —dijo Billie, desconfiada—. Si no da resultado, tendremos que dispersarnos por las esquinas para pedir limosna.

—Oh, vamos, vamos, no seas tan pesimista... Toma, hazlo tú misma. —Quarry entregó a la mujer una caja de control, provista de una antena—. El botón rojo pondrá en funcionamiento el mecanismo de disparo. La explosión se producirá a los diez segundos.

Billie contempló la caja un instante. Luego dio una orden:

—Conecta la pantalla telescópica; quiero ver la explosión lo más cerca que se pueda.

Una pantalla se iluminó en el acto. El casco de la nave que contenía el artefacto explosivo se vio como si estuviera a cien metros de distancia. Billie apretó el botón y empezó a contar.

—Diez... nueve... ocho...

En la cámara, todos contenían la respiración. Sólo se oía la voz de Billie, desgranando metódicamente la cuenta atrás. —... tres... dos... uno... ¡FUEGO¡

Un vivísimo relámpago brilló en el punto de unión de la nave con el costado de la *Enigma Cósmico.* Pareció como si alguien proyectara un colosal rayo de fuego contra aquellos indestructibles mamparos. Pero casi en el acto, el casco de la nave destinada a chatarra voló en mil pedazos.

La explosión no produjo el menor ruido, puesto que se efectuaba en el vacío. Los gases y el aire comprimido se dispersaron, convertidos en nubes de vapor congelado instantáneamente y, durante unos segundos, ocultaron la visión del lugar afectado por la deflagración. Pero antes de un minuto, todos los que estaban a bordo de la nave pirata vieron un orificio redondo, de bordes irregulares, en aquel metal que, hasta entonces, había resistido los mayores esfuerzos.

Una tempestad de gritos y chillidos estalló inmediatamente. Media docena de manos palmearon con fuerza las anchas espaldas del autor de la idea. Quarry sonreía satisfecho; aquel trabajo borraba ampliamente el fracaso sufrido en la *Dulce Anita.*

Todos pensaban en los diez millones de recompensa. Ohalu, el hawaiano, se sintió un tanto receloso acerca de la Fundación Habbalon.

—No importa —dijo Billie—. Vamos a registrar primero esa nave. Luego nos pondremos en contacto con la Fundación. Si no pagan...

Lanzó una mirada a la *Enigma Cósmico.* —Es muy probable que lo que encontremos en el interior de esa nave valga mucho más de los diez millones de recompensa —concluyó.

CAPITULOV

Thuiver abrió la puerta, después de llamar un par de veces, sin recibir contestación. La casa aparecía desierta, aunque en orden. Se preguntó dónde podría estar Zelpha.

Se asomó a la cocina. Zelpha no estaba allí. Tampoco en su dormitorio. Abrió la puerta del baño y la vio fuera de la bañera.

—¡Eh! —protestó ella, a la vez que corría a proveerse de una toalla—. Las personas bien educadas llaman antes de entrar en ciertos lugares.

Thuiver se echó a reír.

—Me alegro de no haberlo hecho —dijo—. Así he podido comprobar mis sospechas.

—¿Qué sospechas?

—Tu figura. Es tan perfecta como parece cuando te veo vestida.

Zelpha se sujetó la toalla por debajo de los sobacos y agitó su frondosa cabellera, después de haberse quitado el casquete que la había protegido durante el baño.

—¿Haces lo mismo cuando vas a casa de otra chica joven?

—Depende de ella. Si no me contesta, como tú... Aunque no lo creas, he llamado dos veces. Ya empezaba a alarmarme.

—Seguramente, el agua de la ducha me impidió oírte. Bien, si me esperas en la sala, podré vestirme.

—No tardes —solicitó él.

—¿Traes noticias?

Vuelto de espaldas, Thuiver levantó la mano izquierda, que sostenía la mitad de la llave. —¿Qué te parece la noticia? Zelpha dejó escapar una exclamación de asombro. —¡Lo has conseguido! —Así es. Anda, date prisa... —Sí, sí, estaré lista antes de cinco minutos. Para entretener la espera, Thuiver se sirvió una copa. Zelpha llegó poco después, con la otra mitad de la llave en la mano.

—¿Cómo lo has conseguido? —quiso saber. —Pues, mira... preguntando aquí y allá.—Thuiver se chupó los nudillos de la mano derecha—. He tenido que

soltar un par de puñetazos...

—O sea, violencia—dijo Zelpha, disgustada. —También la emplearon con Hatko-Lon, y con resulta^ dos infinitamente peores —le recordó él—. Bueno, ya tienes la llave. ¿Qué vas a hacer con ella? Zelpha le miró largamente.

—¿Te gustaría ver la *Enigma Cósmico* por dentro? —No me desagradaría, en efecto.

—Bien, en tal caso, alquilarás una nave... Yo te facilitaré fondos, no te preocupes.

—Tienes un gobierno muy rico, ¿eh? —Nuestro sistema monetario tiene una base muy distinta del vuestro, pero eso no impide que nos acomodemos a las situaciones, según el planeta en que nos encontramos.

—Ya. Adaptación al medio ambiente... financiero —dijo Thuiver con fina ironía.

—Si lo prefieres así... Bien, voy a ver si la segunda mitad de la llave ha sufrido algún desperfecto con todos estos trotes.

—¿Tiene indicador de averías? —Sí, una lámpara roja, en la base.

Thuiver contempló con interés las operaciones que realizaba la joven. Zelpha juntó las dos mitades por los lados que coincidían la ranura de media caña con el saliente adecuado, en un machihembrado perfecto. Un leve chasquido señaló el final de la operación.

—Bueno —exclamó Zelpha—, la llave está en perfectas condiciones.

Apenas había terminado de hablar, se encendió en la parte superior una lámpara roja, que titilaba rápidamente. La lámpara tenía forma alargada y se veía claramente que cada una de sus mitades pertenecía a otra mitad del aparato.

—Pues no, no está en perfectas condiciones —contradijo Thuiver.

—¡Sí! —dijo ella, casi con un grito—. Esta lámpara no es el detector de averías. Cuando se enciende, señala que alguien ha penetrado en la nave por distintos medios a los programados.

Thuiver respingó.

—¿Medios violentos?

—En todo caso, la compuerta de acceso no ha sido utilizada.

Hubo un momento de silencio. Luego, Thuiver dijo:

—Habrá que hacer algo, supongo.

—Sí —contestó ella con gran vehemencia—. Subir hasta la *Enigma Cósmico* y averiguar qué ha pasado.

***

Seguida de sus piratas, y como ellos, equipada con traje espacial, Billie Kulaski flotó en el espacio y pasó al otro lado del enorme agujero abierto por la explosión. Billie apreció que se hallaba en una especie de vestíbulo, de grandes proporciones, en el que, sin embargo, no se divisaban aberturas de ninguna clase. Pero casi enfrente al orificio, Billie descubrió las líneas que parecían delimitar una compuerta de acceso al interior.

Inmediatamente, avanzó hacia aquella compuerta. Su asombro fue enorme al ver un rótulo bilingüe con instrucciones para el manejo de los mandos de cierre y apertura. Uno de los idiomas tenía caracteres que resultaban absolutamente indescifrables. El otro era terrestre.

—¿Conocían nuestro lenguaje los constructores de esta nave? —exclamó Tsugareff.

—Eso es ahora lo de menos —contestó Billie—. Lo importante es que podemos pasar al otro lado.

Debajo del rótulo, había un botón de color ámbar. Siguiendo las instrucciones, Billie presionó el botón. Una pequeña puertecita giró al lado y dejó al descubierto una serie de controles, con las correspondientes lámparas testigo. Un minuto después, la compuerta se abría en dos mitades, que se deslizaron silenciosamente a los lados.

Billie y sus secuaces franquearon el umbral, hallándose en una esclusa de descompresión. Las instrucciones eran perfectamente claras, fáciles de seguir. Al cabo de otro minuto, pudieron despojarse de los trajes de vacío.

—Esto sí que es hacer fáciles las cosas —rio Raschid. Al pasar al otro lado, se encontraron en una inmensa nave, con diversas terrazas y escaleras mecánicas que ahora aparecían inmóviles. En la planta baja se divisaban numerosas aberturas; puertas y escaparates de tiendas, provistas de los más variados artículos, la inmensa mayoría de los cuales resultaban perfectamente desconocidos para los asaltantes. Durante un buen rato, los piratas se

entregaron a un desenfrenado saqueo. Luego, alguien encontró una licorería y se desencadenó la orgía.

Billie sonrió satisfecha. Con lo que tenía a la vista, se dijo, podía despreciar olímpicamente los diez millones de recompensa ofrecidos por la Fundación Habbalon. La *Enigma Cósmico* estaba abandonada en el espacio, no había dueño y, por tanto, pertenecía al primero que pisaba su cubierta.

Teck Larsen era el leguleyo de la cuadrilla. Cuando Billie le hizo una consulta sobre el tema, Teck respondió afirmativamente.

—La duda ofende —dijo—. Esta nave nos pertenece.

—Muy bien. Vamos a continuar la exploración. Luego decidiremos lo que se debe hacer.

Billie lanzó un poderoso grito:

—¡Eh, vamos, dejad la bebida! Hay mucho trabajo y ya sobrará tiempo para la juerga.

A regañadientes, sus hombres, algunos de los cuales ya habían cargado con objetos de gran valor, echaron a andar tras ella. Cruzaron aquella enorme nave en toda su longitud, subieron una escalera y, casi de repente, se encontraron con lo que parecía una puerta circular, de unos seis metros de diámetro.

Billie se detuvo, un tanto perpleja. Los demás callaron durante unos momentos, impresionados por algo que les parecía un misterio no indescifrable, pero si incomprensible. Al cabo de unos segundos, Billie avanzó y tocó la puerta con la mano.

—Eh—rio—,no es más que una cortina de niebla.

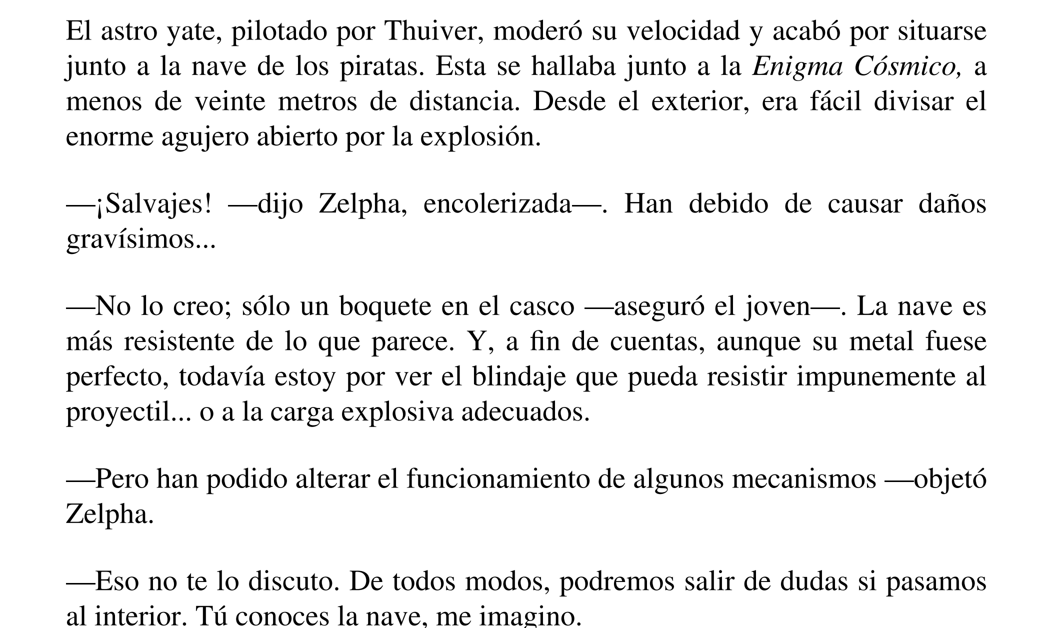
—Algo habrá al otro lado, ¿no? —dijo Sing Hoo, el tibe taño.

—Si no cruzamos la cortina de niebla, no lo sabremos —exclamó Quarry.

Billie avanzó un par de pasos y cruzó la cortina de niebla grisácea. El resto de los miembros de la banda la siguió sin vacilar.

Y, de repente, se encontraron rodando por una pendiente herbosa, en un paraje maravilloso, donde abundaban las flores y los pájaros, y había nubes blancas en el cielo y corrían algunos arroyos de claras aguas.

***



El astro yate, pilotado por Thuiver, moderó su velocidad y acabó por situarse junto a la nave de los piratas. Esta se hallaba junto a la *Enigma Cósmico,* a menos de veinte metros de distancia. Desde el exterior, era fácil divisar el enorme agujero abierto por la explosión.

—¡Salvajes! —dijo Zelpha, encolerizada—. Han debido de causar daños gravísimos...

—No lo creo; sólo un boquete en el casco —aseguró el joven—. La nave es más resistente de lo que parece. Y, a fin de cuentas, aunque su metal fuese perfecto, todavía estoy por ver el blindaje que pueda resistir impunemente al proyectil... o a la carga explosiva adecuados.

—Pero han podido alterar el funcionamiento de algunos mecanismos —objetó Zelpha.

—Eso no te lo discuto. De todos modos, podremos salir de dudas si pasamos al interior. Tú conoces la nave, me imagino.

—Sí, perfectamente.

—Entonces, no se hable más. ¿Usamos la llave o prefieres que entremos por este boquete?

—Ya que estamos aquí... —se resignó la joven.

Momentos después, se embutían en los trajes espaciales, provistos de pequeños propulsores individuales, que permitían recorrer cortas distancias. Salieron del astroyate, volaron una veintena de metros y, al fin, posaron el pie en el suelo de la *Enigma Cósmico.*

—Tiene gravedad artificial —exclamó Thuiver, asombrado, a través de la radio incorporada a su casco.,

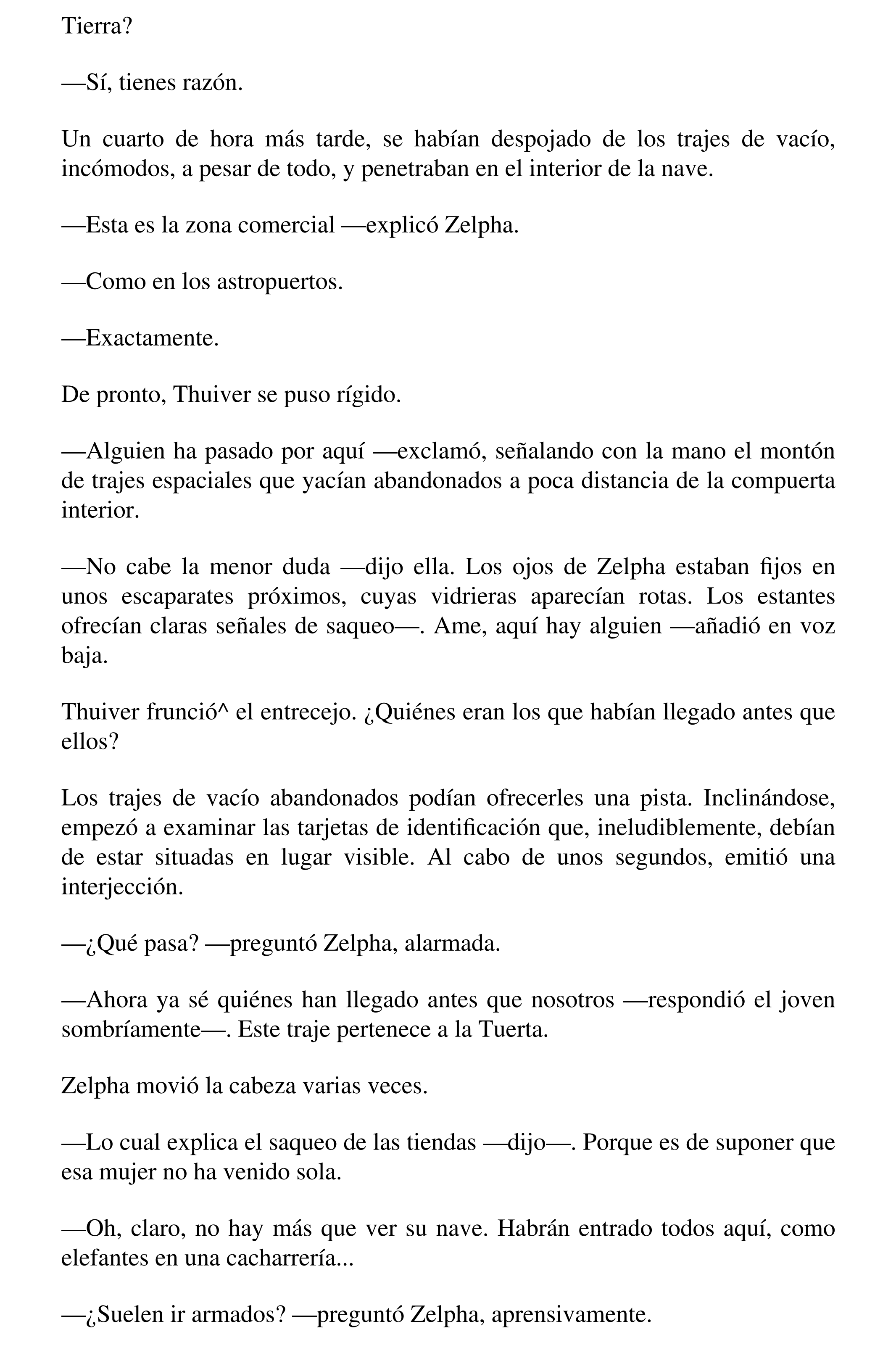
—Queremos que los pasajeros se encuentren como en su casa —respondió ella.

—Sí, no se pueden descuidar las comodidades.

Avanzaron unos pasos. Thuiver volvió a asombrarse al ver el cartel bilingüe de instrucciones.

—Lo habéis previsto todo —comentó.

—¿No dije antes que era preciso procurar comodidades a la gente de la



Tierra?

—Sí, tienes razón.

Un cuarto de hora más tarde, se habían despojado de los trajes de vacío, incómodos, a pesar de todo, y penetraban en el interior de la nave.

—Esta es la zona comercial —explicó Zelpha.

—Como en los astropuertos.

—Exactamente.

De pronto, Thuiver se puso rígido.

—Alguien ha pasado por aquí —exclamó, señalando con la mano el montón de trajes espaciales que yacían abandonados a poca distancia de la compuerta interior.

—No cabe la menor duda —dijo ella. Los ojos de Zelpha estaban fijos en unos escaparates próximos, cuyas vidrieras aparecían rotas. Los estantes ofrecían claras señales de saqueo—. Ame, aquí hay alguien —añadió en voz baja.

Thuiver frunció^ el entrecejo. ¿Quiénes eran los que habían llegado antes que ellos?

Los trajes de vacío abandonados podían ofrecerles una pista. Inclinándose, empezó a examinar las tarjetas de identificación que, ineludiblemente, debían de estar situadas en lugar visible. Al cabo de unos segundos, emitió una interjección.

—¿Qué pasa? —preguntó Zelpha, alarmada.

—Ahora ya sé quiénes han llegado antes que nosotros —respondió el joven sombríamente—. Este traje pertenece a la Tuerta.

Zelpha movió la cabeza varias veces.

—Lo cual explica el saqueo de las tiendas —dijo—. Porque es de suponer que esa mujer no ha venido sola.

—Oh, claro, no hay más que ver su nave. Habrán entrado todos aquí, como elefantes en una cacharrería...

—¿Suelen ir armados? —preguntó Zelpha, aprensivamente.

—No diría yo que no. El nombre de piratas que se les aplica no está injustificado.

Zelpha palmeó el tubo que pendía de su cinturón y que tenía la forma aproximada de una pistola.

—Tengo una buena arma defensiva —anunció.

Thuiver contempló la linterna. Ella agregó:

—Emite rayos paralizantes, cuya acción dura de veinte a cincuenta minutos, según la persona que los recibe. Gracias a este tubo, pude salvarte la vida.

—Cosa que no olvidaré jamás. ¿Seguimos?

—Sí, vamos.

Atravesaron aquella nave en toda su longitud. Las huellas de la breve orgía eran fácilmente visibles. Había botellas vacías y algunas rotas, y también objetos desparramados por el suelo. Thuiver se inclinó y recogió una copa cuyo borde estaba roto. El tallado era algo indescriptiblemente bello.

—Está hecha de una sola pieza de cuarzo —dijo Zelpha.

—Y esos miserables, la han tirado como si fuese de vidrio común —se indignó el joven.

—Sigamos, Arne.

Unos minutos más tarde, se detenían ante la cortina de niebla. Apenas la vio, Zelpha lanzó una aguda exclamación:

—¡Han usado la puerta espacial!

CAPITULOVI

Thuiver conocía el verdadero secreto de la *Enigma Cósmico.* Aquella puerta haría inútiles las astronaves que, pese a volar con velocidades inconmensurables, muy superiores a las de la luz, empleaban semanas y semanas en sus viajes a las estrellas o de éstas a la Tierra. La puerta espacial permitiría la traslación instantánea al punto previamente elegido. Todo podría ser enviado mediante aquel fantástico sistema de transportes; desde las personas y animales, hasta las amas pesadas piezas de maquinaria, por sofisticada que ésta fuera.

—Bueno, habrán llegado a Spathix —dijo él, pasados unos momentos de silencio—. Alguien les recibirá allí... y espero que no sean tan tolerantes como en la Tierra.

—Quizá no están en Spathix —apuntó Zelpha.

—¿Cómo?

—Aguarda un momento.

La joven fue hacia un mamparo contiguo al círculo de niebla grisácea, pulsó un botón apenas visible y un gran trozo del muro metálico se descorrió a un lado. Atónito, Thuiver vio en el hueco numerosos aparatos de control y un par de pantallas, así como un teclado semejante al de una máquina de escribir.

—Es el puesto de control de la puerta —dijo ella.

—Ah... Así puedes saber dónde están...

—Lo primero que quiero averiguar es la orientación de la puerta.

—Eso significa que... puede estar orientada hacia otro planeta.

Zelpha aporreó las teclas durante unos momentos. Luego, de pronto, una de las pantallas se iluminó y ella la estudió con gran atención.

—Lo que me suponía —dijo.

—¿Qué sucede?

—El eje de la puerta está desviado en una miera.

—Ah, vamos, una milésima de milímetro no es nada. Es una distancia apreciable solamente por un microscopio.

Zelpha se volvió hacia el joven.

—¿Quieres saber cuáles son las consecuencias de esta desviación? —exclamó, casi indignada por lo que le parecía inconsciencia de su acompañante.

—Sí, me gustaría —respondió él.

—Muy bien. Opino que la desviación se debe a la acción de la carga explosiva que pusieron para abrir un boquete en el casco. La astronave es lo suficientemente pesada como para no moverse de su órbita actual con demasiada facilidad, pero, aun así, el estallido fue lo suficientemente poderoso para causar esta desviación, en apariencia tan insignificante.

»Pero la puerta está a unos mil metros de la proa y los dos ejes, el de la nave y el de la puerta, coinciden con absoluta exactitud. Ahora bien, en mil metros, una desviación de un miera se convierte en una centésima de milímetro a los diez kilómetros... y si echas cuentas, esa desviación representa un metro en un millón de kilómetros.

—No es demasiado, mujer —dijo él, tratando de restar importancia al suceso.

—No es demasiado, ¿eh? —dijo Zelpha sardónicamente—. Ame, pero, ¿es que no te das cuenta de que tratamos distancias que se miden en años luz y no en miles o millones de kilómetros?

Thuiver se puso rígido. —Creo que comprendo —dijo roncamente. —La desviación actual, para un año luz, representan alrededor de nueve millones y medio de kilómetros. Ahora, todo depende del lugar al que han ido a parar esos salvajes. —¿Puedes averiguarlo? —preguntó él.

—Por supuesto.

Zelpha se dispuso a manejar de nuevo la computadora. Pero antes de que apoyase un dedo sobre la primera tecla, Thuiver formuló una observación lógica y sarcástica a un tiempo.

—De todos modos, esta astronave no es tan perfecta como aseguras —dijo.

—¿Cómo? —Zelpha se indignó—. Dime, ¿hay en la Tierra alguna nave como la *Enigma Cósmico?*

—En cierto aspecto, mejores que la tuya, porque disponen de corrector automático de rumbo. La nave ha sufrido una desviación, es cierto, pero debiera de contar con un piloto automático que la devolviera a su situación

primitiva, cuando esa desviación se ha producido por causas ajenas a la navegación.

Zelpha se mordió los labios.

—Creo que tienes razón —murmuró—. Propondré la instalación del corrector automático, apenas regrese a Spathix.

—Muy bien. Y ahora, vamos a ver si sabemos adónde han ido a parar Billie la Tuerta y... sus maridos.

Las pantallas empezaron a iluminarse con rápidos resplandores alternativos de numerosas luces de colores. Al fin, las lámparas se estabilizaron.

Thuiver tenía la vista fija en Zelpha. De pronto, vio que la muchacha se ponía pálida.

—¡Zelpha! ¿Qué pasa? —gritó, alarmado.

—Lo peor que podíamos esperar —respondió ella.

—Por el amor de Dios, habla de una vez...

—La desviación total son novecientos cincuenta millones de kilómetros, en cifras redondas. La distancia desde la Tierra, aproximadamente, es la misma que a Spathix. Pero ellos no han ido a mi planeta. Están en Erydix.

—Un nombre vagamente parecido. ¿Y...?

—La acción de Billie y los suyos puede poner a mi gobierno en un serio compromiso. Hace muchísimos años, se concertó un tratado entre los gobiernos de ambos planetas. Ninguno de nosotros podía ir a Erydix sin previa autorización de su gobierno.

—Es decir, Billie y su cuadrilla han entrado allí clandestinamente.

—Sí.

—Pero son terrestres.

—Es lo mismo. Han utilizado una de nuestras puertas espaciales y nosotros somos los culpables. Legalmente, no claro... pero tendremos que responder ante el Gran Consejo del Duodécimo Sector Estelar de esta infracción del tratado.

—Mujer, siempre podrás alegar...

—No. El tratado estipula unas condiciones muy claras, sin escapatoria legal posible. Esa cuadrilla de piratas están en Erydix ilegalmente y nosotros somos los responsables.

—¡Caramba! —respingó el joven—. No irás a decirme que esto representa un *casus belli*... quiero decir, un motivo para una declaración de guerra.

—Por supuesto que no. La guerra está proscrita entre nosotros, pero habremos de pagar una fortísima indemnización a Erydix. Sin contar otras cosas.

—¿Por ejemplo?

—Los erydixianos son eminentemente pacíficos. Gran parte de su planeta es una especie de paraíso, donde es agradable y sencillo vivir y donde la ambición y la envidia están desterradas. Pero si pensamos en la calaña de Billie la Tuerta y los suyos...

Zelpha no acabó la frase. Thuiver sintió un escalofrío. —En ese paraíso, acaban de ser soltadas una docena de serpientes —dijo.

***

Zelpha se sentía anonadada. Thuiver trató de animarla, llevándola a un lugar donde pudiera tomar algo que levantase su ánimo, siquiera fuese parcialmente.

—Son doce salvajes —murmuró la joven—. En Erydix, las mujeres son muy hermosas. Conservan su belleza hasta una edad avanzada... y sólo entonces cubren su cuerpo. Los hombres también van desnudos, pero, a pesar de todo, hay una gran pureza de costumbres...

—Billie se enfurecerá por la competencia —dijo Thuiver jocosamente.

Pero Zelpha no rio la broma; lo ocurrido, pensó el joven, era mucho más serio de lo que parecía.

—¿A cuánto puede ascender la multa? —preguntó él, pasados unos minutos.

—Depende.

—¿De qué?

—Oh... si hay pérdidas de vidas humanas. El Gran Consejo puede decretar el pago de hasta el importe de cinco años de producción total del planeta. En el caso más optimista, puedes contar que la indemnización no bajará de una

suma equivalente a diez mil millones de U.M.T.

Thuiver se espantó al oír aquella cifra.

—Es una barbaridad —calificó.

—Así consta en el tratado y habremos de cumplir las condiciones —dijo Zelpha—. Diez mil millones equivalen a un mes de producción, y eso sólo por estancia ilegal en Erydix. Ahora, imagínate a esos salvajes, campando por sus respetos.

—Pero podemos hacer algo por evitar la catástrofe o, por lo menos, atenuar sus efectos —dijo el joven repentinamente.

—No creo...

Thuiver no dejó hablar a la muchacha.

—Es preciso que no te dejes abatir por lo sucedido —exclamó—. La culpa no es enteramente tuya. Tu gobierno no actuó aquí en debida forma. ¿Por qué envió la nave secretamente? ¿Por qué no se puso en contacto con el de la Tierra? Envió a dos agentes, separadamente... y uno de ellos tuvo la desgracia de ser asesinado y despojado. Si el gobierno de la Tierra hubiera tenido conocimiento de lo que hay en esta nave, su actuación habría tomado matices muy distintos. Al menos, habría declarado la nave propiedad pública y puesto vigilancia en sus alrededores... pero no fue así, de modo que, si hay algún culpable, es tu gobierno.

—Ellos no querrán reconocer así, Arne —dijo Zelpha.

—Tendrán que admitirlo, les guste o no. Lo prepararon todo muy bien, salvo por un secreto absurdo, que no tenía razón de ser.

—Arne, cuando se conozca la existencia de una puerta espacial, las consecuencias económicas serán muy graves. Eso es lo que queríamos evitar; una alteración demasiado radical de vuestro sistema económico.

—De acuerdo. Pero el caso es que, en estos momentos, el gobierno terrestre lo ignora todo acerca de esta nave. El que se ha metido en un compromiso serio es el vuestro... y es quien tiene que resolver el conflicto.

—No veo la forma —objetó ella.—Sí, hay un procedimiento —dijo Thuiver enérgicamente—. ¿Puede esta puerta trasladarnos a Spathix?

Zelpha respingó.

—Yo pensé que querrías ir a Erydix...

—Tu gobierno tiene que estar enterado de la situación. Además, deben darnos permiso para viajar a Erydix y solucionar el problema.

—¿Cómo, Arne?

Los ojos del joven se entornaron.

—Por persuasión, si se puede —contestó—. Por la fuerza, si la persuasión resulta inefectiva.

Zelpha se puso en pie.

—Tendré que orientar adecuadamente —dijo.

—Hazlo cuanto antes —pidió Thuiver, lacónico.

***

Billie Kulaski y sus piratas se sentían completamente desconcertados.

En los primeros momentos, creyeron haber llegado a la Tierra por algún medio que les resultaba desconocido. No tardaron en salir de su error.

—La Tierra no tiene dos lunas —exclamó Tsugareff, navegante de la astronave.

Sí, los satélites se divisaban en el cielo, a pesar de ser de día, y su posición, muy próximos el uno del otro, indicaba con claridad que el lugar en que se hallaban no pertenecía a ninguna región terrestre.

Billie miró hacia la cumbre del pequeño talud por el que habían rodado, después de atravesar la cortina de niebla. Arriba no se veía nada, pero, de pronto, pareció adivinar lo sucedido.

—Una vez oí hablar de la existencia de puertas de traslación instantánea —dijo—. Seguramente, nosotros hemos cruzado una de ellas.

—Sí, pero, ¿dónde diablos estamos? —se enojó Nash Larsen.

—Podemos volver por donde hemos venido —sugirió el tibetano.

Billie asintió.

—Vamos a intentarlo —aprobó la idea. El talud era bastante empinado,

aunque, por fortuna, no demasiado elevado sobre el riachuelo que corría al pie. Una vez arriba, se encontraron en el borde de una pequeña meseta herbosa. A lo lejos, se divisaba una hilera de colinas cubiertas de verdor. Una corriente de agua se desplomaba en una blanca cascada y se perdía en un valle lejano.

Billie avanzó unos cuantos pasos, pero sus pies continuaron pisando la hierba.

—Hemos de distribuirnos en hilera —ordenó—. Uno de nosotros, inevitablemente, encontrará la puerta.

Pero, por más esfuerzos que hicieron, no pudieron conseguir su objetivo. Al cabo de un rato, Sing Hoo, furioso, dijo que sentía mucho calor y que iba a darse un baño.

Billie se sentía terriblemente deprimida. Habían soñado con la riqueza y, en lugar de conseguirlo, se encontraron en un mundo completamente desconocido, cuya posición ignoraban de un modo absoluto. Perdidas momentáneamente las energías, se sentó en la hierba, a cuatro o cinco metros del arroyo.

—Hay una esperanza —dijo de pronto. —¿Sí? —exclamó Raschid.

—Alguien verá el agujero en la *Enigma Cósmico.* Investigarán y...

Quarry hizo una mueca.

—No confíes mucho en esa posibilidad —advirtió.

Sing Hoo se había desnudado ya y tenía los pies en el agua. De repente, se inclinó hacia adelante, metió la mano en el arroyo y extrajo algunas piedrecitas redondeadas, algo mayores que granos de café y que emitían un brillo peculiar.

— ¡Muchachos! —aulló—. ¡Mirad, mirad...! Es oro, oro...

CAPITULOVII

Resphol-Tun, jefe del gobierno de Spathix, oyó el relato de su agente y empezó a pasearse nerviosamente por su gabinete de trabajo. Zelpha estaba en pie, lo mismo que Thuiver, y ambos guardaban silencio, en espera de la decisión del político.

—Es una situación muy grave —dijo por fin Resphol, parándose delante de los dos jóvenes—. En ciento veinte años, es la primera violación del tratado...

—Señor, deja que lo solucionemos —pidió la joven ardientemente—. Mi ayudante, Arne, asegura que tiene medios para reparar lo ocurrido. Permítenos viajar a Erydix, te lo ruego encarecidamente.

—Zelpha, ¿te das cuenta de que lo que pides puede agravar todavía más la situación?

—Esos piratas son capaces de matar. Debemos evitarlo —insistió ella con gran vehemencia—. Los nativos de Erydix son eminentemente pacíficos y no podrán defenderse...

—No puedo adoptar una decisión por mí mismo —respondió el jefe del gobierno—. Tengo que reunir a los ministros y explicar detalladamente la situación. Este tremendo error puede costamos caro, muy caro... porque, además, dentro de seis meses se celebran elecciones para la provisión de puestos en el Gran Consejo. Si el actual nos declara culpables, durante cinco años, aparte de las pérdidas económicas, no tendremos representación en ese Gran Consejo.

—Por eso debemos actuar cuanto antes —dijo la muchacha—. Es cierto que somos los culpables de esa invasión, pero, por lo mismo, debemos cortar sus efectos en la raíz o, por lo menos, antes de que sea demasiado tarde.

Resphol-Tun asintió.

—Estoy de acuerdo con vosotros, pero, como he dicho, no puedo tomar una decisión sin contar con la aprobación de mis ministros. Reuniré al gobierno urgentemente. Quizá hoy mismo pueda daros una respuesta.

Zelpha entendió que la entrevista había terminado y movió la cabeza respetuosamente. Thuiver hizo una inclinación análoga.

—Te alojarás en mi casa, Ame —dijo ella.

—Gracias. La verdad, estoy en un mundo desconocido para mí.,.

—Donde viven seres humanos, las condiciones de existencia tienen cierta similitud, en especial, si se ha alcanzado cierto grado de desarrollo — respondió Zelpha.

Tuiver tuvo bien pronto ocasión de comprobar la veracidad de aquellas palabras. Ya se había acostumbrado al sorprendente hecho de haber desayunado en la Tierra y, por la tarde, encontrarse en un planeta situado a un millar de años luz. Zelpha le había provisto de ropa, conseguida en uno de los almacenes de la *Enigma Cósmico,* y ahora el joven vestía como los nativos: una especie de blusa holgada y pantalones ajustados, con zapatos que formaban parte de los mismos. Las calles de la capital, apreció, eran anchas, con abundante arbolado y la limpieza y el orden resultaban agradables. Nadie, por otra parte, se fijó en ellos, ni siquiera cuando Zelpha subió a la plataforma volante, provista de un banco, que era el vehículo que se usaba comúnmente en aquella ciudad.

La plataforma se movía a pocos centímetros del suelo, sobre una señal claramente trazada. Thuiver adivinó que la repulsión electromagnética tenía mucho que ver con los sistemas de propulsión del original vehículo. Había varios carriles, que se tomaban según la velocidad necesaria para alcanzar el punto de destino deseado. Pero también había amplísimas aceras, por donde la gente se movía apaciblemente y sin prisas.

—Envidio este género de vida —dijo sinceramente, pasados unos minutos—. ¿Puede un terrestre establecerse aquí?

Zelpha le miró oblicuamente.

—¿Te gustaría?

—A primera vista, sí.

—Bueno, veremos... Primero es preciso intensificar las relaciones con la Tierra... Pero creo que no te costaría mucho conseguir un permiso de estancia temporal. Sobre todo, si me ayudas a resolver ese problema.

—Es lo más importante, en efecto —convino él.

Thuiver fue acogido amablemente por los padres de la muchacha. Los progenitores de Zelpha conocían perfectamente la misión de su hija y se mostraron consternados por las noticias. Pero, al mismo tiempo, se sintieron optimistas acerca del resultado de la petición formulada a Resphol.

Thuiver fue alojado en una habitación para huéspedes, sencilla y cómoda. La noche pasó sin que tuvieran noticias de la resolución adoptada por el gobierno.

A la mañana siguiente, se oyó un grato tintineo musical. Thuiver estaba en el baño y se preguntó por el origen de aquella melodía. A los pocos momentos, oyó que llamaban a la puerta.

Abrió. Zelpha le miraba fijamente.

—Podemos marchar a Erydix —anunció.

—Está bien. Esas campanadas que he oído...

—Era la señal de llamada del videófono.

—Ah... ¿Podemos llevar armas?

—En absoluto. Vamos como embajadores de buena voluntad. Sólo podemos llevar el sello que nos acredita como tales.

—Billie y los suyos estarán armados —alegó él.

—Lo siento. Sólo si actuamos pacíficamente, y triunfamos, tendremos posibilidades de evitar las sanciones a Spathix.

Thuiver torció el gesto.

—Eso es como echarnos a. las fieras con las manos desnudas —gruñó. Pero no podía hacer otra cosa que acatar las órdenes que le habían sido transmitidas a la muchacha.

Desayunaron abundantemente. Mientras comían, Zelpha dijo que ni siquiera le permitían llevar su linterna paralizante. Thuiver, por su parte, pensó que no iba a dejar que le pillasen desprevenido. En un descuido de sus anfitriones, agarró un cuchillo y lo escondió, sujetándolo con el cinturón de sus pantalones, hacia su espalda. Al terminar, se despidió de los padres de Zelpha. Luego, con la muchacha, viajo hacia la estación de traslación instantánea que iba a permitirles el viaje a Erydix en décimas de segundo.

De pronto, pensó que, posiblemente, iban a realizar un viaje inútil.

—Zelpha, la Tuerta y su banda están ahora en Erydix. Pero lo suponemos, no lo sabemos con certeza...

—Están allí —respondió ella con rotundo acento.

—Bueno, llegaron a Erydix... pero pueden regresar por el mismo sitio de llegada.

—No. Cuando nosotros descubrimos la desviación en la *Enigma Cósmico,* habían pasado ya algunas horas. Pese a ser una desviación infinitesimal, no se produjo de una forma instantánea, ya que la explosión inició un movimiento en la astronave, que yo sólo pude detener, tras orientarla en la posición correcta. Por tanto, si intentaron regresar, ya no encontraron la puerta.

Para Thuiver era una respuesta poco convincente. Pero no podía hacer otra cosa que resignarse. Ciertamente, su optimismo acerca del éxito de la misión era más bien escaso. Luchar con las manos desnudas contra una cuadrilla de gentes carentes de escrúpulos más que disparatado era, dicho lisa y llanamente, un suicidio.

—Lo que se va a reír la Tuerta cuando le digamos que deben abandonar Erydix —masculló para sí.

***

Sing Hoo y Enoch Ohalu volvieron al lugar donde estaban acampados sus compañeros. Los dos sujetos tenían los bolsillos repletos de pepitas de oro. Ohalu, además, había llenado una bolsa encontrada en la *Enigma Cósmico* y en la que había puesto algunos objetos de valor, que luego había tirado para llenarla de oro, metal que le parecía infinitamente más beneficioso que todo lo que había a bordo de la astronave.

Ohalu se arrodilló en la hierba, junto al lugar donde yacía Billie.

—¿Qué te parece? —dijo, abriendo la bolsa para que ella pudiera contemplar su contenido.

Billie se incorporó sobre un codo. Ohalu y el tibetano se habían pasado la noche entera en el arroyo, enloquecidos por la fiebre del oro. Los demás habían preferido dormir. Algunos de ellos estaban todavía dormidos, ya que aún no había amanecido.

—En tu lugar, yo preferiría un buen filete de vaca —dijo Billie desdeñosamente.

—Aquí no hay vacas —contestó Ohalu—. Y, de todos modos, el oro no estorba.

Algunos de los miembros de la cuadrilla tenían también bolsas, pero a ninguno de ellos se les había ocurrido buscar en la *Enigma Cósmico* alguna

lata de comida. Billie se puso en pie.

—Es preciso tomar una decisión —dijo—. Aquí no podemos seguir eternamente. No sabemos dónde estamos, pero lo que sí es seguro es que si continuamos en este mismo sitio, acabaremos por comer hierba. ¿Os gusta comer hierba? ¿Verdad que no? Entonces, pongámonos en marcha inmediatamente.

—¿Hacia dónde? —preguntó Quarry.

Billie se encogió de hombros.

—Lo mismo da —contestó—. Marcaremos puntos de referencia, para volver a este sitio e intentar encontrar de nuevo esa puerta espacial. Este planeta parece puede ofrecer facilidades para vivir sin demasiado trabajo. Quizá haya habitantes y puedan indicarnos algún lugar donde haya o esté emplazado un astropuerto. Lo que sí estimo una imbecilidad es permanecer aquí... —miró torvamente a Ohalu y a Sin Hoo—, sin hacer otra cosa que llenarse los bolsillos de algo que no se puede comer.

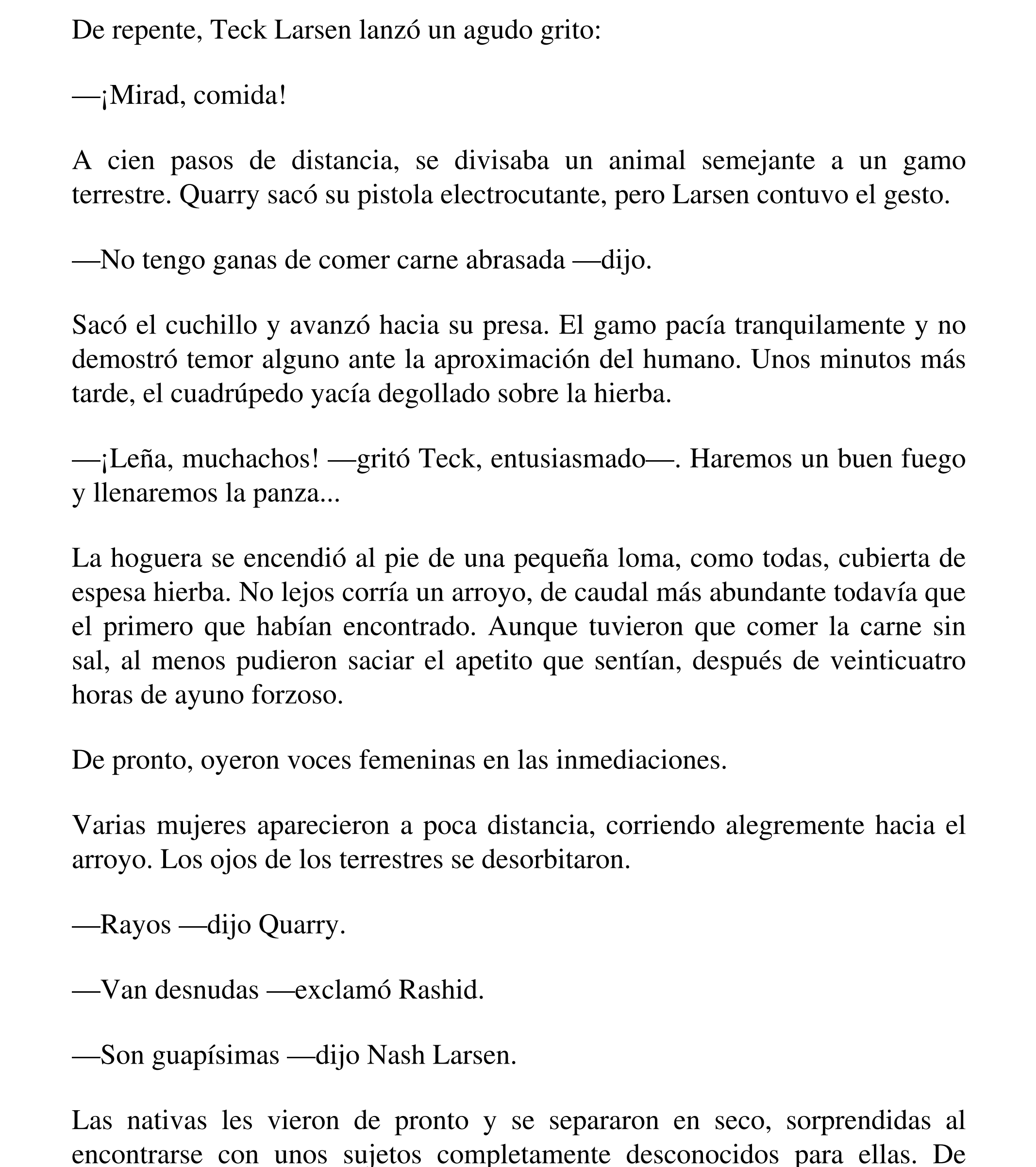
Hoo alzó un enorme índice.

—De todos modos, si encuentro posibilidades de volver a la Tierra, por el procedimiento que sea, regresaré aquí, para coger más oro.

—De acuerdo. Vamos.

La cuadrilla se puso en movimiento. Algunos llevaban cuchillos, además de sus pistolas electrocutantes. De este modo, fueron trazando huellas en su ruta, para encontrarlas con facilidad en el camino de regreso. Uno dijo que se quedarían en aquel planeta eternamente y que, faltos de víveres, tendrían que comerse los unos a los otros. El mal humor empezó a provocar las primeras disensiones entre unos hombres unidos solamente por la codicia. Aunque habían encontrado oro en abundancia, no les servía para nada y su único deseo era comer. Ahora que no tenían un objetivo del que apoderarse, las rencillas particulares, contenidas largo tiempo, empezaban a salir a la superficie y amenazaban con quebrar la cohesión del grupo.

Billie empezó a sentirse preocupada. Era lo suficientemente lista para darse cuenta de que su autoridad, incontestada hasta entonces, podía venirse abajo. Aquellos hombres habían aceptado su jefatura, no sólo por la atracción sexual, sino porque era más dura y cruel que todos ellos. Pero en semejantes circunstancias, pensaba que era uno más del grupo y que podía ocurrir algo nada agradable para ella.



De repente, Teck Larsen lanzó un agudo grito:

—¡Mirad, comida!

A cien pasos de distancia, se divisaba un animal semejante a un gamo terrestre. Quarry sacó su pistola electrocutante, pero Larsen contuvo el gesto.

—No tengo ganas de comer carne abrasada —dijo.

Sacó el cuchillo y avanzó hacia su presa. El gamo pacía tranquilamente y no demostró temor alguno ante la aproximación del humano. Unos minutos más tarde, el cuadrúpedo yacía degollado sobre la hierba.

—¡Leña, muchachos! —gritó Teck, entusiasmado—. Haremos un buen fuego y llenaremos la panza...

La hoguera se encendió al pie de una pequeña loma, como todas, cubierta de espesa hierba. No lejos corría un arroyo, de caudal más abundante todavía que el primero que habían encontrado. Aunque tuvieron que comer la carne sin sal, al menos pudieron saciar el apetito que sentían, después de veinticuatro horas de ayuno forzoso.

De pronto, oyeron voces femeninas en las inmediaciones.

Varias mujeres aparecieron a poca distancia, corriendo alegremente hacia el arroyo. Los ojos de los terrestres se desorbitaron.

—Rayos —dijo Quarry.

—Van desnudas —exclamó Rashid.

—Son guapísimas —dijo Nash Larsen.

Las nativas les vieron de pronto y se separaron en seco, sorprendidas al encontrarse con unos sujetos completamente desconocidos para ellas. De repente, Sing Hoo lanzó un alarido bestial.

—¡A ellas!

Una docena de hombres se arrojaron sobre las muchachas, capturándolas antes de que pudieran emprender la huida. A continuación, se desarrolló una escena repugnante.

Billie sonrió.

—Donde hay mujeres —murmuró—, debe de haber también hombres.

Echó a andar hacia la cumbre de la loma. Tsugareff, algo más mesurado que sus compinches, no había querido participar en la orgía de violaciones. Juntos llegaron a la cúspide de la colina y entonces vieron algo que les dejó estupefactos.

Al pie de la colina, a unos tres o cuatrocientos metros de distancia, en el centro de un espacioso valle, se veía un conjunto de casas blancas, de aspecto muy sencillo, pero que, indudablemente, constituían un centro habitado. Hasta allí, indudablemente, no llegaban los gritos de las nativas violadas.

—Nos vamos a ver en apuros —vaticinó Tsugareff tristemente.

—Saldremos adelante —aseguró Billie—. Estamos armados, recuérdalo. Es cierto que ellos son más, pero... Bien, será mejor que encaremos la realidad cuanto antes. ¡Vamos!

Echaron a andar resueltamente. Mientras caminaban, Billie acariciaba la culata de su pistola electrocutante.

CAPITULOVIII

—No tengo noticias de que hayan desembarcado forasteros en nuestro planeta —dijo Sulykix, jefe del gobierno de Erydix.

—Nosotros sabemos que es cierto —manifestó Zelpha, que era la que llevaba la voz cantante—. Deja que los busquemos; podemos encontrarlos...

Sulykix alzó una mano.

—Esos hombres han roto el pacto establecido hace ciento veinte años entre los dos gobiernos. Me quejaré al Gran Consejo.

—Tienes toda la razón, aunque insisto en que nos permitas buscarlos.

—No.

Hubo un momento de silencio. Thuiver fue el primero en hablar.

—Pero ¿por qué? Te garantizamos que acabaremos con el conflicto...

Sulykix hizo un movimiento con la cabeza.

—No admito que nadie intervenga en los asuntos internos de nuestro planeta —dijo fríamente—. Y tampoco reconozco el sello que vuestro gobierno os ha otorgado para acreditaros como embajadores. Vivíamos en paz y vuestra llegada ha venido a turbar nuestro género de vida. Por tanto, os retendré prisioneros, hasta que se haya celebrado el Gran Consejo y exponga allí mis quejas.

—Pero faltan seis meses —alegó Zelpha desesperadamente.

—¿Crees que no lo sé? —se burló Sulykix—. Una vez haya expuesto mis quejas, quedaré en libertad para hacer que seáis juzgados.

—Hay una docena de criminales sueltos en este planeta —alegó Thuiver.

—Los encontraremos.

—Están armados.

—Me lo imagino. Pero vuestra presencia aquí es signo indudable de la codicia del gobierno de Spathix.

—¿Cómo? —respingó el terrestre.

—Si ese gobierno no hubiese decidido traficar con tu planeta, no se habrían producido ciertos sucesos nada agradables para nosotros. Erydix no tiene la culpa de cosas que hacen gentes de otros planetas... pero tampoco está dispuesto a permitir que nuestra paz se turbe por acciones ajenas. He dicho.

Casi en el acto, entraron cuatro hombres armados con largas lanzas, de afiladas hojas de metal.

—No usamos las lanzas entre nosotros —añadió Sulykix sardónicamente.

Y antes de que Thuiver y la joven, aturdidos, pudieran formular la menor objeción, se vieron encerrados en un sombrío calabozo, alumbrado únicamente por la luz que penetraba a través de una ventana situada a ras del suelo exterior.

Zelpha, desmoralizada, se dejó caer en el suelo y rompió a llorar amargamente. Thuiver, pasados los primeros momentos de indignación, empezó a pensar en las posibilidades de una fuga.

Lo primero que hizo fue examinar su encierro. Era una celda de forma cúbica, con un par de jergones en el suelo, nuevos, lo que le dijo que la sentencia estaba dictada de antemano, y un cubículo en uno de sus ángulos, por donde penetraba un hilillo de agua, que se perdía luego en un agujero de unos veinticinco centímetros de diámetro. Aquello era todo lo que tenían como cuarto de aseo. Por fortuna, la temperatura era benigna, lo que haría su estancia más soportable en aquella tétrica mazmorra.

La ventana tenía forma rectangular y medía unos cuarenta centímetros de alto por sesenta de ancho. Un grueso barrote de hierro la cruzaba en sentido longitudinal, lo que imposibilitaba la escapatoria por aquel punto.

A pesar de todo, Thuiver no se desesperaba. Encontraría algún medio de salir de su encierro.

Veinticuatro horas más tarde, había comprobado que la vigilancia era nula en la parte exterior. Al llegar la noche, sacó el cuchillo y empezó a rascar la parte del muro en que se hallaba empotrada la barra de acero.

Zelpha le miró asombrada.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó.

Thuiver sonrió.

—Tu madre lo habrá echado en falta después del desayuno —contestó.

—Viniste armado, contraviniendo los acuerdos... —se indignó ella.

—Querida, yo no firmé ningún acuerdo. Al venir aquí, pensé que iba a luchar con la Tuerta y sus chicos. Conociendo a esa gente, no podía viajar con las manos desnudas y un sello que no nos ha servido para nada.

Inmediatamente, reanudó el trabajo. De cuando en cuando, se detenía para escuchar. Ahora ya sabía que la ventana daba a una especie de parque, por el que apenas si circulaban los nativos. Conocía bien el emplazamiento de la puerta espacial.

«Y si logro salir de aquí, los dejaré con un palmo de narices», se propuso.

***

Una semana más tarde, cuando la barra estaba ya a punto de salir de sus alvéolos, Thuiver oyó voces en el exterior.

Inmediatamente, suspendió los trabajos. Anochecía ya y por dicha razón había empezado temprano a rascar el muro, con la esperanza de quedar libre antes de amanecer. Una de las voces resultó pertenecer a Sulykix.

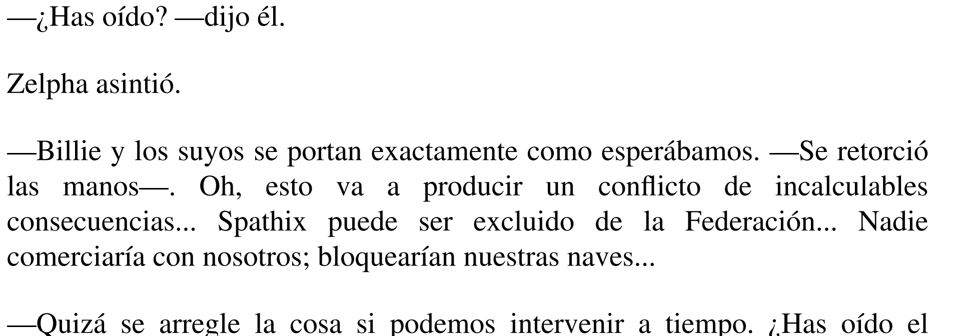
—Lo que acabas de decirme es grave, Errilin —decía el jefe del gobierno.

—Más que grave, señor. En Brartos carecen de aparatos voladores. El mensajero, que pudo escapar sin ser visto, tardó cuatro días en llegar hasta la capital. Los extranjeros se han apoderado del pueblo y tienen sometidos a sus habitantes a las más abyectas vejaciones. Algunos se resistieron y fueron muertos por unas armas misteriosas que carbonizan a las personas instantáneamente. Los demás son empleados como esclavos en la obtención de ese metal amarillo que tanto abunda en los arroyos de la comarca. Las mujeres jóvenes sirven para el placer de los extranjeros, capitaneados por una mujer que es una harpía. Todas las noches, exige que se lleve a su cámara un hombre joven y robusto. Si no la satisface como ella desea, ordena que le den de latigazos...

—Cortaremos en el acto ese abuso, Errilin —aseguró Sulykix—. Ahora mismo voy a convocar a los ministros. Será preciso que enviemos un nutrido contingente de soldados.

—Sí, señor.

Los dos hombres se alejaron. En la penumbra de su encierro, Thuiver y la muchacha intercambiaron una mirada.



—¿Has oído? —dijo él.

Zelpha asintió.

—Billie y los suyos se portan exactamente como esperábamos. —Se retorció las manos—. Oh, esto va a producir un conflicto de incalculables consecuencias... Spathix puede ser excluido de la Federación... Nadie comerciaría con nosotros; bloquearían nuestras naves...

—Quizá se arregle la cosa si podemos intervenir a tiempo. ¿Has oído el nombre del pueblo?

—Sí, Brartos... pero no sé dónde está...

—Ya lo averiguaremos.

Thuiver continuó con su trabajo, ahora sin darse un punto de reposo. Poco después de la media noche, hizo su último esfuerzo y la barra de metal saltó de sus alvéolos.

Inmediatamente, sacó medio cuerpo fuera. Se arrastró un poco y consiguió salir por completo al exterior. Luego se volvió para ayudar a la muchacha.

—Debiéramos volvernos a Spathix —dijo ella—. Es preciso que sepan lo que ocurre...

—¡No! Nosotros somos los culpables del conflicto. Por tanto, nos corresponde solucionarlo.

—Pero no tenemos armas, ni medios para desplazarnos hasta Brartos. El mensajero tardó cuatro días y eso que debió de usar un caballo.

—La distancia, por tanto, deben de ser unos doscientos kilómetros. No es demasiado. Ven, sígueme.

Thuiver agarró la mano de la muchacha. Un poco más adelante, divisaron un numeroso grupo de nativos, todos ellos armados con lanzas. Alguien daba órdenes con inusitada rapidez. A la luz de los dos satélites que brillaban en el cielo de Erydix, pudieron ver numerosas plataformas volantes que se ponían en movimiento sucesivamente.

Cada una de las plataformas estaba ocupada por dos soldados. Thuiver adivinó que ya habían partido muchas más. ¿Pensaban aquellos infelices derrotar a una docena de feroces piratas sólo con sus lanzas?

Las pistolas electrocutantes causarían estragos entre ellos. Sulykix enviaba a sus hombres a la muerte.

Thuiver aguardó, oculto tras unos arbustos. Cuando vio que sólo quedaba una plataforma volante, saltó hacia los nativos. El primero cayó al suelo sin sentido instantáneamente, a causa del puñetazo que le había asestado en la sien derecha. El otro oyó ruido y se volvió. Thuiver usó el puño de nuevo, ahora dirigido contra el mentón del indígena. Cuando lo vio tendido en el suelo, agitó la mano.

—Ven, Zelpha.

Ella abandonó su escondite.

—Me siento aterrada... nos hemos escapado, has atacado a dos soldados de Sulykix...

—Si mi plan tiene éxito, hasta nos darán una condecoración. Vamos, deja de gimotear; tú conoces el manejo de estos aparatos, hemos de seguir a la formación atacante, aunque procurando no ser vistos...

—Sería mejor que nos llevásemos las lanzas. Si alguien mira hacia atrás y no las ve, podría recelar.

—Tienes razón, no había dado en ello.

Momentos después, la plataforma se ponía en movimiento. Zelpha hizo que el aparato ganase altura. No tardó en divisar lo lejos una espesa bandada de plataformas, que, en cerrada formación, se dirigían hacia el lugar conquistado por los terrestres.

Zelpha maniobró para situarse a una prudente distancia, de modo que, aun siendo vistos, no pudieran advertir la suplantación. La velocidad de aquellos aparatos, estimó Thuiver, no superaba los cuarenta kilómetros por hora.

Eran vehículos para gentes plácidas, enemigas de las prisas, se dijo. Y, por lo que podía ver, sólo se usaban en Erydix en caso de extrema necesidad.

El viaje duró casi cinco horas. Amanecía ya cuando la formación, compuesta por unos doscientos soldados, dio vista al pueblo invadido.

***

Thuiver había aprendido el manejo de la plataforma durante el trayecto. Cuando vio que la fuerza atacante se disponía a ejecutar el plan de combate,

tomó los mandos y se desvió silenciosamente, hasta situarse al pie de un árbol de enorme copa.

—¿Por qué aquí? —se extrañó la muchacha.

—Ahora verás —respondió él.

Thuiver saltó al suelo y echó a correr hacia el poblado. En el mismo momento, doscientos soldados caían de las alturas a la velocidad máxima permitida por sus aparatos voladores.

Se oyó un agudo grito. Ocho o diez pistolas electrocutantes emitieron sus mortíferos rayos. Los nativos empezaron a caer de las plataformas, convertidos en masas carbonizadas, antes siquiera de que hubieran tenido tiempo de arrojar una sola lanza.

Era un ataque absurdo, disparatado. Algunas de las descargas alcanzaban directamente a las plataformas voladoras, provocando el estallido de sus generadores. Entonces, sus ocupantes eran lanzados fuera de la plataforma y acababan estrellándose contra el suelo.

Thuiver oyó también feroces risotadas. Era evidente que los piratas disfrutaban con aquel combate, viendo a sus atacantes caer como si fuesen moscas. Media docena de lanzas fueron arrojadas, pero a demasiada distancia, lo que les restó puntería y, por tanto, eficacia.

Al cabo de unos minutos, los atacantes se retiraron, para reagruparse a unos doscientos metros de altura, distancia más que suficiente para evitar los efectos de las pistolas electrocutantes. Thuiver apreció que los oficiales habían decidido deliberar acerca de un nuevo plan de ataque. No daría resultado, se dijo amargamente. Sobrevendría una nueva matanza.

Zelpha corrió para situarse a su lado.

—¿Qué es lo que están haciendo ahora?—preguntó.

—Posiblemente, celebran un consejo de guerra. Deben de estar estudiando la táctica del próximo ataque. ¡Mira, ahí vienen!

Los soldados de Sulykix cargaban de nuevo, ahora en una penetrante cuña, una especie de punta de lanza, con la que pretendían forzar la línea defensiva de los intrusos. Thuiver apreció de inmediato el error de aquella táctica, aparentemente llena de eficacia.

Los atacantes cargaban en formación de a dos, muy juntas las plataformas

entre sí, y no sólo por las parejas, sino también por las que seguían a las dos primeras. Prácticamente, no había solución de continuidad entre los vehículos.

Lo que el comandante de la fuerza había querido hacer saltaba a la vista: un muro de lanzas, intraspasable para los defensores y, al mismo tiempo, mortíferamente ofensivo. Pero Billie y los suyos adivinaron en el acto la táctica de sus atacantes y decidieron combatirles a su manera.

Las primeras descargas fueron lanzadas al máximo de alcance de las pistolas electrocutantes, unos cien metros. Alcanzadas las dos plataformas que iban en vanguardia, sufrieron una brevísima detención, de fracciones de segundo, pero suficiente para que las que seguían detrás chocasen contra ellas con gran violencia. Sus pilotos perdieron el control y, volcar las plataformas, cayeron al vacío.

Lo mismo sucedió con gran parte de las que seguían en la formación. En menos de un minuto, cincuenta o sesenta hombres cayeron desde treinta metros de altura, estrellándose fatalmente contra el suelo.

Varias plataformas más fueron derribadas por el fuego de Billie y sus secuaces. Finalmente, los hombres de Sulykix, abatidos, desmoralizados, impotentes para convertir su ataque en una victoria, dieron media vuelta y emprendieron el regreso a sus cuarteles.

Desde su escondite, Thuiver y la muchacha presenciaron la amarga retirada. Aquel intento de reconquistar el pueblo capturado por los piratas había costado más de cien vidas humanas.

Sulykix, pensó el joven, iba a disponer de motivos más que sobrados para formular una grave acusación contra el gobierno de Spathix.

CAPITULOIX

Desde el lugar en que se hallaban, Thuiver y la muchacha pudieron ver sin dificultades el jolgorio de los piratas, enormemente satisfechos por el éxito obtenido en el combate. Thuiver se dijo que aquel sitio no era bueno para permanecer mucho rato.

—Hemos de escondernos, Zelpha —murmuró.

Ella asintió. Pasados unos minutos, los piratas desaparecieron de su vista. Entonces, Thuiver corrió a buscar la plataforma. Había visto no lejos de allí una pequeña vaguada, que corría en sentido paralelo al eje mayor del poblado, y decidió que allí podrían esconderse durante el resto del día.

—¿Por qué? —preguntó Zelpha, cuando estuvieron en lugar seguro.

—Es bien sencillo: no puedo hacer nada hasta la noche.

—¿Tienes algún plan?

—Desarmar a los piratas.

—Así de sencillo, ¿verdad?—dijo ella cáusticamente.

—No es tan difícil como parece. Conozco un poco a esos tipos y me imagino lo que sucederá durante la noche.

—Estarán borrachos...

—Por supuesto, habrá un par de centinelas, pero no creo que me resulte difícil eliminarlos.

—Las pistolas electrocutantes son grandes y pesadas... No podrás cargar con una docena...

—Es que no pienso quitárselas —dijo Thuiver sorprendentemente.

—No comprendo, Arne. ¿Por qué no te explicas claro de una vez?

—Las pistolas electrocutantes no son nada si se les quita el circuito de carga. ¿Sabes tú cómo funciona una de esas pistolas?

—Bien, emite descargas eléctricas, de gran intensidad...

—La palabra descarga es todo lo contrario de carga... Descargar una cosa es

quitarla de un sitio donde ha sido previamente cargada, en este caso, energía eléctrica. Las pistolas electrocutantes consiguen su energía del sol o de una estrella similar. Sin el circuito de carga, sólo son un objeto de metal, útil como pisapapeles.

—Arne, recuerda, son doce pistolas —dijo ella.

—Lo sé. Por eso tenemos que aguardar hasta la noche.

Habían elegido para esconderse el lugar más frondoso de la vaguada, por cuyo centro corría un arroyo de aguas rápidas y cristalinas. Thuiver y la muchacha saciaron su sed por turnos y luego quedaron ocultos por los ramajes que, al mismo tiempo, les proporcionaban grata protección contra los rayos solares.

. Una hora más tarde, presenciaron un singular espectáculo,

Un numeroso grupo de personas de ambos sexos, todos ellos jóvenes y bien parecidos, bajaron por la pendiente hasta llegar al arroyo, escoltados por media docena de piratas, armados con sus pistolas electrocutantes. Una vez en el arroyo, se pusieron a trabajar, realizando una labor extraña para los dos ocultos observadores.

Thuiver y la muchacha contemplaban la escena en silencio, casi sin respirar. Los piratas, además de sus pistolas, llevaban también látigos hechos con fibras vegetales trenzadas. De cuando en cuando chasqueaba uno de los látigos y se oía un grito de dolor.

—Pero ¿qué están haciendo? —dijo Zelpha al cabo de un buen rato, intrigada por la labor de los nativos, que le resultaba absolutamente incomprensible.

—Silencio —pidió él imperativamente—. Si esos forajidos supieran que estamos aquí, nos matarían en el acto.

Al cabo de casi una hora de trabajo, uno de los nativos salió del arroyo con una bolsita de tela en las manos. Raschid se apoderó de la bolsita y, para contemplar mejor su contenido, la volcó en el suelo.

Zelpha se quedó atónita. La sorpresa de Thuiver no fue menor.

—Dios mío, oro... —murmuró el joven.

Raschid lanzó una alegre carcajada y devolvió la bolsa al nativo, a la vez que hacía un ademán.

—Sigue, anda.

El trabajo de los nativos duró hasta el anochecer. Entonces, los piratas reunieron todo el oro conseguido durante la jornada y lo colocaron sobre unas rústicas angarillas, que dos de los cautivos habían traído de la aldea. Thuiver, pasmado de asombro, vio un fenomenal montón de oro, cuyo peso, no bajaba de los trescientos kilos.

Las angarillas eran lo suficientemente largas para poder ser transportadas por diez prisioneros, en dos filas de a cinco. En pocos momentos, guardianes y prisioneros desaparecieron de la vista de los dos jóvenes.

—Es fantástico —dijo la muchacha—. Nunca me hubiera imaginado una cosa semejante... Billie y los suyos se harán ricos...

—Más que ricos: riquísimos —puntualizó Thuiver—. ¿Y sabes por qué?

—No, aunque, de todos modos, pienso que si se tratase de piedras preciosas, su beneficio' sería infinitamente superior.

—No tanto como crees —dijo el joven—. Hace ya más de cien años que todos los yacimientos auríferos de la Tierra quedaron completamente exhaustos. Las minas siberianas, las de Sudáfrica, las de Sinkiang, en China... todos esos yacimientos, pese a los esfuerzos realizados por encontrar nuevas vetas de mineral, quedaron absolutamente agotados. Cuando falta una cosa, su valor aumenta de inmediato, y el precio es tanto mayor, cuanto más escasea.

»E1 precio actual del oro está en treinta U.M.T., el gramo, y es un precio oficial, digamos para el intercambio comercial. Si se trata de un intercambio privado, el precio puede ser casi el doble... pero, en fin, dejemos esto y atengámonos al precio oficial. Bien, aunque Billie y los suyos regresaran a la Tierra con una tonelada de oro, tendríamos un beneficio global de treinta millones de U.M.T. Y eso, suponiendo que se lo vendieran al gobierno, si lo venden a particulares, pueden casi duplicar el beneficio.

—Deben de tener más de una tonelada —dijo la chica—, Arne, por el amor de Dios, en una jornada no completa de trabajo, han recogido dos o trescientos kilos de oro. ¡Y llevan ahí más de una semana!

—Esa es otra de las cosas que me preocupan —dijo Thuiver.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Billie y los suyos, evidentemente, llegaron aquí a través de la puerta espacial de tu nave. Encontraron este poblado... y se quedaron y no han hecho

nada por regresar a la Tierra. Confidencialmente, si yo estuviese en su lugar y tuviese ya un par de toneladas de oro, no me quedaría aquí un minuto más.

—Tú no eres como Billie —dijo Zelpha.

—Afortunadamente —sonrió él—. Pero, como has podido apreciar, Sulykix sigue acumulando motivos para su acusación que formulará contra Spathix, cuando se celebre el próximo Gran Consejo. ¿En qué situación quedará tu gobierno? ¿Qué sanciones le serán impuestas por el quebrantamiento del tratado?

—Nosotros somos inocentes...

—En teoría, sí; pero no en la práctica. Han muerto muchas personas inocentes y alguien tiene que pagarlo.

—Los piratas —dijo Zelpha con voz tensa.

—Y los culpables de que hayan podido llegar hasta aquí.

Hubo un momento de silencio. Ya era casi de noche.

Zelpha fue la primera en hablar.

—Si pudiéramos ir hasta la puerta espacial... Resphol-Tun tiene que saber lo que sucede...

—Para usar esa puerta espacial, debemos volver a la capital y, créeme, Sulykix la tendrá bien vigilada. Antes, sin embargo, quiero hacer otra cosa: descargar las pistolas electrocutantes.

—No te resultará fácil —avisó ella.

—Nunca esperé que lo fuese —respondió Thuiver. Lanzó una mirada al cielo —. Será mejor que durmamos un poco,

hay tiempo de sobra hasta después de la media noche. Por cierto, ¿tienes hambre?

—Un poco, aunque me parece haber visto vides silvestres...

—Aguanta hasta ,1a media noche —aconsejó él.

***

Un par de racimos de uvas silvestres, de granos gruesos, jugosos y

azucarados, hicieron prodigios en sus organismos, en ayunas durante más de veinticuatro horas. La ligera sensación de debilidad desapareció en pocos momentos. Así reconfortados, emprendieron la marcha hacia la aldea.

Unos minutos más tarde, alcanzaban las primeras casas. Con gran cautela, Thuiver y la muchacha caminaron, pegados a los muros, hasta que, de repente, vieron a un hombre sentado sobre un banco de piedra.

El banco estaba adosado a la pared de una de las casas. Thuiver dio la vuelta completa y sorprendiendo al sujeto por detrás, le puso la punta de su cuchillo en la garganta.

—Un solo grito y eres hombre muerto —dijo en voz baja. Con la mano izquierda, agarraba los cabellos del sujeto, echando hacia atrás su cabeza, a fin de acentuar así la sensación de amenaza—. Zelpha.

La muchacha apareció en el acto y se apoderó de la pistola electrocutante, el pirata se mantenía absolutamente inmóvil. Su frente estaba inundada de sudor.

—¿Hay más centinelas? —preguntó Thuiver.

—Otro... en el extremo opuesto...

—¿Dónde se aloja Billie?

—En la casa principal... Está en el centro del poblado...

—Muy bien.

Thuiver guardó el cuchillo Entonces, el pirata se puso en pie, dispuesto a atacar, pero Thuiver le golpeó duramente en la mandíbula, dejándolo sin sentido. Luego, con tiras hechas de su propia ropa, lo ató y amordazó, llevándolo a continuación hasta un lugar donde no pudiera ser encontrado fácilmente.

—Vamos, a por el otro.

El segundo centinela fue sorprendido también sin dificultades. Antes de perder el conocimiento, Thuiver consiguió sonsacarle la situación de sus compinches. Todos ellos, sin excepción, debían estar medio borrachos y bien acompañados.

A continuación, Thuiver y Zelpha se encaminaron hacia la residencia de la Tuerta. Billie se alojaba en una casa de excelente apariencia, situada en el centro de la aglomeración urbana. Dada la idiosincrasia de los nativos de

Erydix, las puertas servían más que nada para ocultar la intimidad de los ocupantes de una casa y no como obstáculo contra los ladrones.

De pronto, cuando ya avistaban la casa donde residía Billie, vieron llegar una plataforma volante.

***

El aparato descendió silenciosamente y se posó ante la entrada de la casa. Estaba tripulado solamente por un hombre, el cual se apeó de inmediato y entró en la casa, sin molestarse en llamar. Thuiver y la muchacha, llenos de perplejidad, cambiaron una mirada.

—Me ha parecido... —susurró ella.

—A mí también me lo ha parecido —convino Thuiver—. ¿Por qué no lo comprobamos?

Zelpha asintió. Corriendo en silencio, alcanzaron la casa y se situaron junto a la puerta. Thuiver la hizo girar un poco, con infinito cuidado. Entonces oyó un diálogo:

—Has tardado mucho —dijo el recién llegado.

—No he podido hacerlo antes —contestó Billie displicentemente.

—Me gustaría creerte...

—A mí no me importa lo que creas o dejes de creer . Yo y mis hombres estamos aquí y hemos hecho lo que querías. ¿O no ha sido así?

—Desde luego, pero, aún así, me parece poco...

—¡Caramba, hemos causado más de cien bajas... y te parece poco! ¿Qué hemos de hacer, pues, para que te quedes contento?

—Actuar de la misma forma por segunda vez.

—¿Otro ataque?

—Sí.

—Sulykix, se hará como quieres, pero luego te exigiré el cumplimiento del pacto. No trates de engañarme, te costaría muy caro.

—No habrá engaño. Cuando todo haya terminado, ven con tus hombres,

mañana a estas horas. Te situaré ante la puerta espacial. ¿Suficiente?

—¿Adónde nos llevará esa puerta espacial?

—La orientaré hacia la nave de Spathix.

—De acuerdo. ¿A qué hora empezará el ataque?

—A mediodía. Vendrán trescientos soldados.

—Muy bien.

Thuiver presintió que la conversación tocaba a su fin y se aparto de la puerta. Agarró de la mano a Zelpha y tiró de ella, para esconderse al otro lado de la casa.

Sulykix se marchó a los pocos momentos. Zelpha se sentía abrumada.

—No puedo creer que haya gentes con esos sentimientos...

—Existen y acabas de tener una prueba —dijo él ceñudamente—. Bajo su apariencia de hombre recto e íntegro, Sulykix ha demostrado ser un traidor de cuerpo entero, aunque lo cierto es que no tengo la menor idea de cuáles son los motivos que puedan impulsarlo a actuar de esa forma.

—Una cosa es segura, Arne. Sulykix y Billie se conocían, y este plan estaba tramado desde hacía mucho tiempo, tal vez años. Si pudiéramos obligarla a que nos contase la verdad...

—Perderíamos el tiempo. Yo tengo otra idea mejor.

—¿Cuál, Arne?

—Ahora lo sabrás.

* * *

Por la mañana, Billie se enteró de la incursión realizada por Thuiver. El hecho la preocupó notablemente, por cuanto sabía que el joven había conseguido escapar de su encierro. Los dos centinelas habían sido liberados más tarde por el propio Thuiver, quien sólo se había llevado una de las pistolas electrocutantes.

—Deberíamos explorar los alrededores —propuso Tsugareff—. Seguramente, está escondido en las inmediaciones.

—No. A Thuiver le interesa volver a la Tierra y allí resultará inofensivo para nosotros. Si se ha llevado una pistola, es porque estaba desarmado y necesita amedrentar a los centinelas de la puerta espacial. Pero eso no es obstáculo para nuestros planes. Incluso podemos permitirle que se largue con viento fresco.

—Si tú lo dices... —masculló Tsugareff, no demasiado convencido, a pesar de todo.

—Tranquilo, muchacho —dijo Billie con aire de suficiencia—. Todo saldrá como lo hemos planeado. ¿Te imaginas el producto que le podemos sacar a media docena de toneladas de oro, cuando es ya un metal prácticamente agotado en nuestro planeta?

Tsugareff soltó una risita.

—La verdad es que nunca me hubiese imaginado que pudiéramos volver con un botín tan sustancioso. —De pronto, se volvió hacia la Tuerta—. Billie —exclamó—, ¿quién diablos té mencionó a ti la puerta espacial?

—Lo sabía hacía tiempo —respondió ella evasivamente—. Pero no sabía qué forma tenían, ni cómo se utilizaban... ni tampoco dónde están emplazadas.

—Y ahora sí lo sabes.

—Sé lo suficiente para poder volver a la Tierra convertidos todos en unos potentados. Los diez millones que ofrecía la Fundación Habbalon serán una minucia comparado con lo que podemos obtener de la venta del oro.

—Está a treinta U.M.T., el gramo... y tú calculas seis toneladas...

-Seis millones de gramos, lo que representan ciento ochenta millones de unidades de moneda terrestre –puntualizó Billie.

Tsugareff bizqueó deliberadamente. Billie se echó a reír. -No te quepa la menor duda: ya eres un Creso -exclamó a la vez que palmeaba con fuerza sus espaldas.

CAPITULOX

Cerca del mediodía, Sing Hoo, que estaba de centinela en las afueras del poblado, divisó a lo lejos una manchita oscura, que se movía con cierta rapidez. El tibetano estaba ya advertido de lo que podía suceder y lanzó un penetrante grito de aviso:

—¡Eh, ya están ahí!

Billie ordenó inmediatamente que todos se reunieran para rechazar el ataque, como en la ocasión anterior. Los piratas obedecieron sin rechistar. Todos sabían lo que iba a suceder y los beneficios que podían obtener de aquel combate. Las lanzas de los nativos no podrían nada contra sus pistolas electrocutantes.

La formación atacante estaba compuesta ahora por unos trescientos soldados. Los hombres de Billie aguardaron a pie firme, en el mismo sitio. En los gruesos y sensuales labios de la Tuerta lucía una sonrisa de satisfacción.

—Un poco más y... —murmuró para sus adentros, pensando en la vida regalada que le esperaba, sin necesidad de tener que esforzarse y correr riesgos para conseguir buenas ganancias. Se preguntó si le convendría montar algún negocio, pero, bien mirado, con la parte de botín que le iba a corresponder, podía permitirse el lujo de vivir sin hacer nada durante una larga temporada. Una vida de ocio, de placeres continuos...

A su lado, Quarry lanzó un agudo grito:

—¡Preparados, muchachos!

Los soldados de Sulykix caían ya desde las alturas, lanzándose al ataque con una valentía sin límites. Quarry en persona dio la orden:

—¡Fuego!

Once pistolas se elevaron a las alturas. Faltaba una, en poder de Thuiver. Otra pertenecía a Billie, quien, por el momento, permanecía en una cómoda segunda fila, contemplando el combate.

Once índices apretaron sendos disparadores, pero no sucedió nada. No hubo dardos de fuego ni se produjeron víctimas entre los atacantes. Billie palideció al darse cuenta de que los hombres de Sulykix continuaban su carga sin desviarse un solo centímetro de la trayectoria iniciada quinientos metros más arriba.

—¡Disparad, imbéciles! ¡Disparad! —aulló, ebria de furor.

Los piratas insistieron, pero sus armas permanecieron inactivas. De repente, comprendieron que algo fallaba en las armas y se sintieron atacados por una súbita oleada de pánico.

—¡Las pistolas no funcionan! —gritó Ohalu, el hawaiano.

Teck Larsen fue más explícito:

—¡Sálvese quien pueda!

Dio media vuelta y echó a correr despavorido. Billie, aterrada, dio un salto y se metió en la primera casa que encontró a su paso. Alguien se movió en el interior y, aterrada, disparó el arma. Con enorme sorpresa, vio caer a un hombre, completamente carbonizado.

Su pistola funcionaba. Las otras no. ¿Qué había pasado?

Mientras, los soldados de Sulykix caían sobre los invasores, que trataban de salvarse mediante una frenética huida. Pero, aunque las plataformas no eran demasiado rápidas, sí tenían una velocidad muy superior a la de un hombre a la carrera. Raschid, el árabe, gritó horriblemente, al sentir un vivo dolor en la espalda. Cayó de rodillas y, con los ojos cubiertos ya por el velo de la muerte, divisó la larga hoja de la lanza que sobresalía de su abdomen.

Dos lanzas perforaron la garganta del tibetano. Nash Larsen se revolvió, esquivó un furioso lanzazo y se apoderó de la lanza de su atacante. Consiguió herir a un nativo, antes de que tres lanzas se hundieran profundamente en su pecho.

Los demás fueron perseguidos y acorralados despiadadamente. Pocos minutos más tarde, había terminado el combate.

Mientras Billie, escondida en el interior de la casa, aguardaba el momento propicio. De súbito, vio que una plataforma se detenía frente a la casa. Sus dos ocupantes la abandonaron, disponiéndose a registrar el edificio, en busca de más intrusos.

Billie se lanzó como una tigresa, hacia afuera, soltando descargas electrocutantes a diestro y siniestro. Sonaron gritos de alarma. A favor de la sorpresa, la Tuerta consiguió saltar a la plataforma y, apoderándose de la palanca de control la hizo elevarse en el aire, a toda velocidad y en un ángulo muy pronunciado. Apenas estuvo sobre los tejados de las casas, viró en redondo y tomó la ruta de la capital.

De repente, oyó un grito en el suelo:

—¡Billie! ¡Billie!

El único ojo de la mujer miró hacia abajo. Quarry corría desesperadamente. Para Billie era incomprensible cómo había conseguido escapar a la matanza, pero, en cierto modo, era leal a sus hombres y decidió que debía intentar salvarlo. Inmediatamente, hizo descender la plataforma.

Mientras perdía altura, vio que era perseguida por una docena de nativos en varias plataformas. Unos cuantos disparos electrocutantes les hicieron desistir de la persecución. Quarry pudo saltar a bordo sin más dificultades.

***

Mientras tanto, Thuiver y Zelpha habían conseguido llegar a la capital en la plataforma capturada en el momento de su fuga. Aquellos vehículos, pensó el joven, estaban muy bien para una civilización en donde la codicia y, por tanto, las prisas, habían desaparecido. Pero la ausencia del sentimiento de codicia era sólo aparente. Alguien había decidido que lo que tenía no era suficiente y quería más.

—En la plataforma nos haremos más conspicuos —dijo la muchacha—. Será mejor que continuemos a pie.

—Muy bien, como quieras.

El vehículo se detuvo en las afueras de la ciudad. Thuiver y Zelpha caminaron apaciblemente, seguros de no ser identificados. Habían sido arrestados prácticamente en el momento de la llegada y eran muy pocos los nativos que conocían sus fisonomías. Con toda tranquilidad recorrieron las distintas avenidas, hasta encontrarse en medio de una gran plaza, frente a la residencia de Sulykix.

Sobre una gran plataforma de bloques de piedra, se veía un brillante aro de metal, que encerraba lo que parecía una niebla grisácea, completamente opaca. A ambos lados del aro metálico se veían sendos centinelas, apoyados negligentemente en sus lanzas.

—Por esa puerta llegamos —dijo él.

—Los centinelas nos cerrarán el paso —vaciló Zelpha.

—No lo creas. Dime una cosa, la puerta espacial, ¿está siempre activa?

—Sí, siempre. Puede desconectarse, pero no es lo corriente. Una vez se conecta la energía, la puerta permanece constantemente activa, salvo caso de graves emergencias. Pero si ahora estuviese desconectada, podrías ver el cielo a su través.

—Cosa que no sucede en estos momentos. Bien, vas a ver cómo saco dos pasajes para Spathix. ¿Quieres seguirme?

—No uses la pistola, Arne —rogó la muchacha.

—Descuida.

Thuiver empezó a subir las escaleras .que conducían a la plataforma, situada a ocho o diez metros del suelo. La plataforma tenía una gran extensión, debido a que era en aquel lugar donde se recibían las mercancías transportadas instantáneamente desde Spathix. Pero los centinelas, sin duda, tenían órdenes muy severas respecto a la guarda de la puerta espacial, porque, de súbito, enristraron sus lanzas, dirigiendo las puntas de las afiladas hojas hacia el pecho del terrestre.

—¡Alto! —dijo uno de los centinelas—. No se puede cruzar la puerta, sin el permiso correspondiente.

—Yo lo tengo —contestó Thuiver tranquilamente.

—A ver, enséñalo...

Thuiver contempló un instante las puntas de las dos lanzas, que convergían directamente sobre su cinturón. De súbito, se agachó y pasó por debajo de las hojas afiladísimas. Moviéndose con increíble rapidez, se incorporó, girando en redondo al mismo tiempo, para, sin solución de continuidad, agarrar con ambas manos los astiles de las lanzas.

Los centinelas, sorprendidos, no tuvieron tiempo de reaccionar. Thuiver disparó el pie izquierdo hacia el costado del centinela situado en aquel lado, naciéndole rodar media docena de metros. Antes de que el otro soldado pudiera contraatacar, Thuiver repitió la misma operación.

—¡Paso libre, Zelpha! —gritó.

La joven no necesitó más estímulos. Pasando por encima de las lanzas caídas en el suelo, corrió hacia el joven, quien le tendía una mano. Zelpha le entregó la suya y luego, sin perder más tiempo, los dos a una, se arrojaron al interior del círculo de niebla gris que era la puerta espacial.

Era maravilloso, pensó, mientras ponía el pie en un mundo situado a decenas de millones de kilómetros del punto de partida. Todo parecía igual y, sin embargo, era todo distinto. Spathix y Erydix eran dos civilizaciones muy distintas, arcádica y pastoril la segunda, activa y comercial la primera. Pero en Erydix parecían a punto de perderse sus agradables cualidades. ¿Qué era lo que había originado aquel súbito cambio de puntos de vista en su gobierno? ¿Sólo la presencia de una docena de piratas llegados inesperadamente de un lejano mundo llamado Tierra.

Traspasada la puerta espacial, se había quedado inmóvil, sumido en sus meditaciones. Un codazo de Zelpha le trajo de nuevo a la realidad.

—Anda, vamos; es preciso conseguir que Resphol-Tun nos conceda una audiencia —dijo ella.

***

Resphol-Tun se encolerizó muchísimo al conocer las noticias que sus mensajeros le traían de Erydix.

—Me parece que lo que habéis hecho no tiene nada que ver con la diplomacia —dijo cáusticamente, cuando Zelpha hubo terminado su informe.

—No tienes razón en esa queja —exclamó Thuiver impetuosamente—. Sulikyx no quiso reconocernos como embajadores. Incluso nos acusó de perfidia y qué sé yo cuantas cosas más... Nos encerró en un calabozo y suerte que pudimos escaparnos. Pero ahora os harán culpables de todo lo sucedido. Las consecuencias serán aún peores de lo calculado en un principio.—Por eso te pedimos que solicites una reunión del Gran Consejo —habló la muchacha nuevamente. —Hasta dentro de seis meses...

—Esa es una reunión normal, pero la ley permite a cualquier miembro del consejo solicitar una convocatoria extraordinaria, cuando tiene motivos fundados para ello y los justifica además en el acto de la reunión.

—Conozco las leyes —respondió ásperamente el jefe del gobierno-r-. Pero, aunque accedan a mi petición, ¿qué pruebas puedo presentar de mis acusaciones?

Zelpha le indicó el procedimiento. Resphol-Tun dudó. —Es irregular...

—Lo que ha sucedido en Eridyx es más irregular todavía. Tienes que hacerlo así; piensa en las sensaciones que se nos pueden imponer, si prospera la acusación de Sulikyx. Incluso podrían expulsarnos de la Federación...

—Y todo ello-, a beneficio del sinvergüenza de Sulikyx —añadió Thuiver.

—Si no nos crees ahora, ¿por qué no ordenas que hagan con nosotros un ensayo preliminar? En una hora puedes salir de dudas. Luego, con la seguridad de que vas a actuar ante el Gran Consejo y presentar las pruebas de la felonía de Eridyx, podrás solicitar la convocatoria extraordinaria.

El acento de la muchacha no carecía de persuasión. Resphol-Tun acabó por ceder.

—Está bien —dijo—. Haremos primero la prueba en mi residencia. Si me satisface, demandaré la convocatoria del Gran Consejo.

Zelpha respiró satisfecha. Thuiver, por su parte, dijo que deseaba hacerle una recomendación.

—Aunque no confió en que me hagas mucho caso, creo mi deber decírtelo —manifestó.

—¿De qué se trata? —preguntó Resphol-Tun.

—No envíes la película al Gran Consejo. Que se repita la prueba durante la sesión plenaria, en presencia de demandados y demandantes.

—Así será —accedió Resphol-Tun.

Dos horas más tarde, Zelpha y Thuiver abandonaban la residencia del jefe del gobierno y se encaminaban a casa de los padres de la muchacha, en donde permanecerían, hasta conocer la respuesta a su petición. Mientras caminaban, Thuiver sintió curiosidad por conocer cierto detalle.

—Me gustaría saber cómo fuiste elegida para viajar hasta la Tierra —dijo—. Tal vez por méritos especiales, supongo.

—Si lo tomas así... —contestó Zelpha—. Hubo una selección de aspirantes y las pruebas realizadas, aparte de los análisis de las computadoras, nos dieron como vencedores a Hatko-Lan y a mí. Por supuesto, todos los que nos presentamos lo hicimos con carácter absolutamente voluntario.

—De donde se demuestra que una computadora no es algo de absoluta infalibilidad en las respuestas —comentó Thuiver irónicamente.

—Tal vez se han producido errores e incidentes imposibles de prever durante le ejecución de la operación, pero si ésta llega a buen término, las predicciones de-las computadoras habrán resultado ciertas.

—Eso parece un poco la predicción del tiempo: si no llueve, estará nublado o hará sol. Pero por la mañana amanecerá y por la tarde empezará el ocaso —dijo el terrestre con mayor sarcasmo todavía.

—No confías demasiado en nosotros —se picó Zelpha.

—Sinceramente, soy escéptico y no acostumbro a dejarme llevar por espejismos. Una cosa es segura: un exceso de precaución puede a veces conducir al fracaso, y esto es lo que ha estado a punto de sucederos a vosotros.

—Al final, ganaremos —dijo la muchacha con acento lleno de convicción.

—Así sea —remató Tuiver, y esta vez, no había mordacidad en su respuesta.

CAPITULOXI

Todavía llenos de miedo por lo ocurrido en la aldea, Billie. u Quarry llegaron a la residencia de Sulykix y, apartando sin demasiadas ceremonias, a quienes se oponían a su paso, llegaron al despacho del jefe del gobierno, -en cuyo rostro se reflejó la perplejidad más absoluta al ver entrar a la pareja de terrestres, sobre todo, al darse cuenta de que parecían terriblemente enojados.

—Pero ¿qué diablos pasa? —exclamó—. ¿Por qué estáis aquí?'

Quarry, a quien el miedo que había pasado, aumentaba enormemente la furia que sentía, dio un paso hacia adelante, dispuesto a aplastar a puñetazos la cara de Sulykix. Billie tuvo que usar de toda su energía para contener a su subordinado y único superviviente de la segunda batalla.

—Calma, Royd —dijo—. Yo hablaré... y relataré todo lo sucedido. Las cosas se han estropeado, ¿sabes?

Sulikyx frunció el ceño.

—Cumplí mi parte—contestó—.¿De qué te quejas?

—Todos mis hombres han muerto, salvo éste que ves a mi lado —declaró la Tuerta—. Hemos sufrido una derrota aplastante.

—Pero, vuestras pistolas...

—La única que funciona es la mía. Las demás permanecieron inactivas.

—Entonces, no me eches la culpa a mí —replicó Sulykix fríamente—. Yo no soy el constructor de esas armas. Reclama al fabricante.

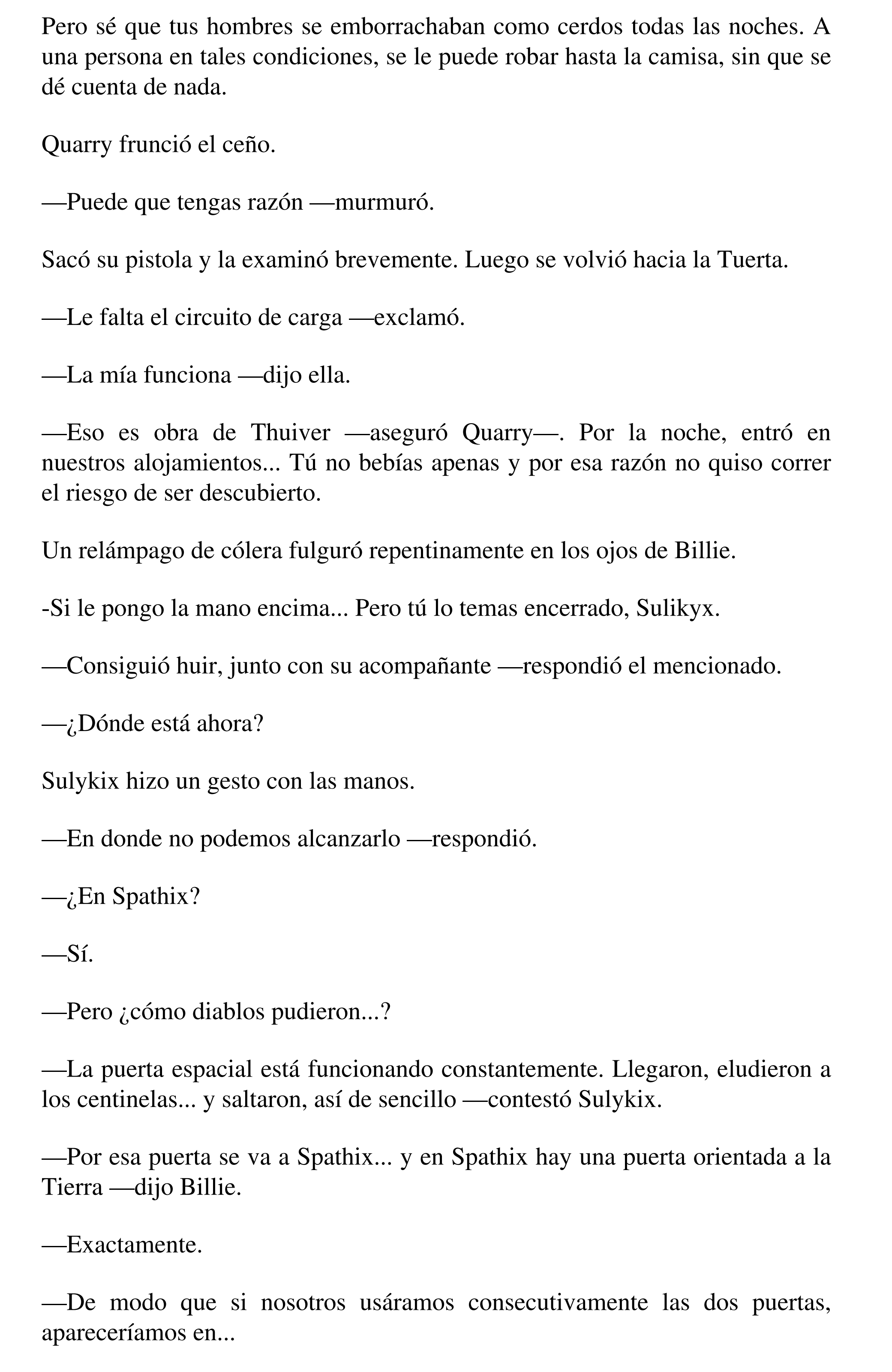
Billie se volvió hacia Quarry.

—Tiene humor, ¿eh? —dijo agriamente—. Sulykix, empiezo a pensar que juegas con dos barajas... y eso es algo que no me ha gustado nunca.

—Estás loca —barbotó el interpelado—. Además de haber tardado dos años largos en cumplir el pacto que hicimos, todavía tienes la desfachatez de acusarme de doble juego. ¿Por qué no hablas claro de una vez?

—Alguien inutilizó nuestras pistolas mientras dormíamos...,...

—Billie, aunque te parezca extraño, he aprendido a conoceros a vosotros, los terrestres. Porque me convenía, cerré los ojos a lo que pasaba en la aldea.


Pero sé que tus hombres se emborrachaban como cerdos todas las noches. A una persona en tales condiciones, se le puede robar hasta la camisa, sin que se dé cuenta de nada.

Quarry frunció el ceño.

—Puede que tengas razón —murmuró.

Sacó su pistola y la examinó brevemente. Luego se volvió hacia la Tuerta.

—Le falta el circuito de carga —exclamó.

—La mía funciona —dijo ella.

—Eso es obra de Thuiver —aseguró Quarry—. Por la noche, entró en nuestros alojamientos... Tú no bebías apenas y por esa razón no quiso correr el riesgo de ser descubierto.

Un relámpago de cólera fulguró repentinamente en los ojos de Billie.

-Si le pongo la mano encima... Pero tú lo temas encerrado, Sulikyx.

—Consiguió huir, junto con su acompañante —respondió el mencionado.

—¿Dónde está ahora?

Sulykix hizo un gesto con las manos.

—En donde no podemos alcanzarlo —respondió.

—¿En Spathix?

—Sí.

—Pero ¿cómo diablos pudieron...?

—La puerta espacial está funcionando constantemente. Llegaron, eludieron a los centinelas... y saltaron, así de sencillo —contestó Sulykix.

—Por esa puerta se va a Spathix... y en Spathix hay una puerta orientada a la Tierra —dijo Billie.

—Exactamente.

—De modo que si nosotros usáramos consecutivamente las dos puertas, apareceríamos en...

—En la *Enigma Cósmico* —completó Quarry la frase.

—Dudo mucho que el gobierno de Spathix os permitiese usar la puerta que conduce a vuestro planeta —dijo Sulykix.

—Podemos intentarlo, ¿no? —murmuró Billie

—¿De día?

—Por la noche —gruñó Quarry.

Billie torció el gesto.

—Teníamos seis toneladas de oro —dijo furiosa—. Ese maldito Thuiver ha venido a estropearnos el mejor negocio de mi vida...

—Hasta la noche no podéis hacer nada —manifestó Sulykix—. En mi residencia estáis seguros. Será mejor que os retiréis a descansar. A media noche, yo mismo os acompañaré a las dos puertas.

—Está bien. —Billie dudó un momento—. Te hemos ayudado notablemente y vas a conseguir grandes beneficios. ¿No podrías hacer que nos trajeran unos cuantos kilos de oro?

Sulykix sonrió.

—No os iréis con las manos vacías —aseguró.

Minutos después, estaban en una de las habitaciones privadas del jefe de gobierno. Billie, a pesar de todo, no se sentía muy tranquila.

—Una cosa es segura, Royd —dijo, una vez quedaron a solas—. Si ese tipo intenta jugarnos una mala pasada... mi pistola electrocutante todavía funciona. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

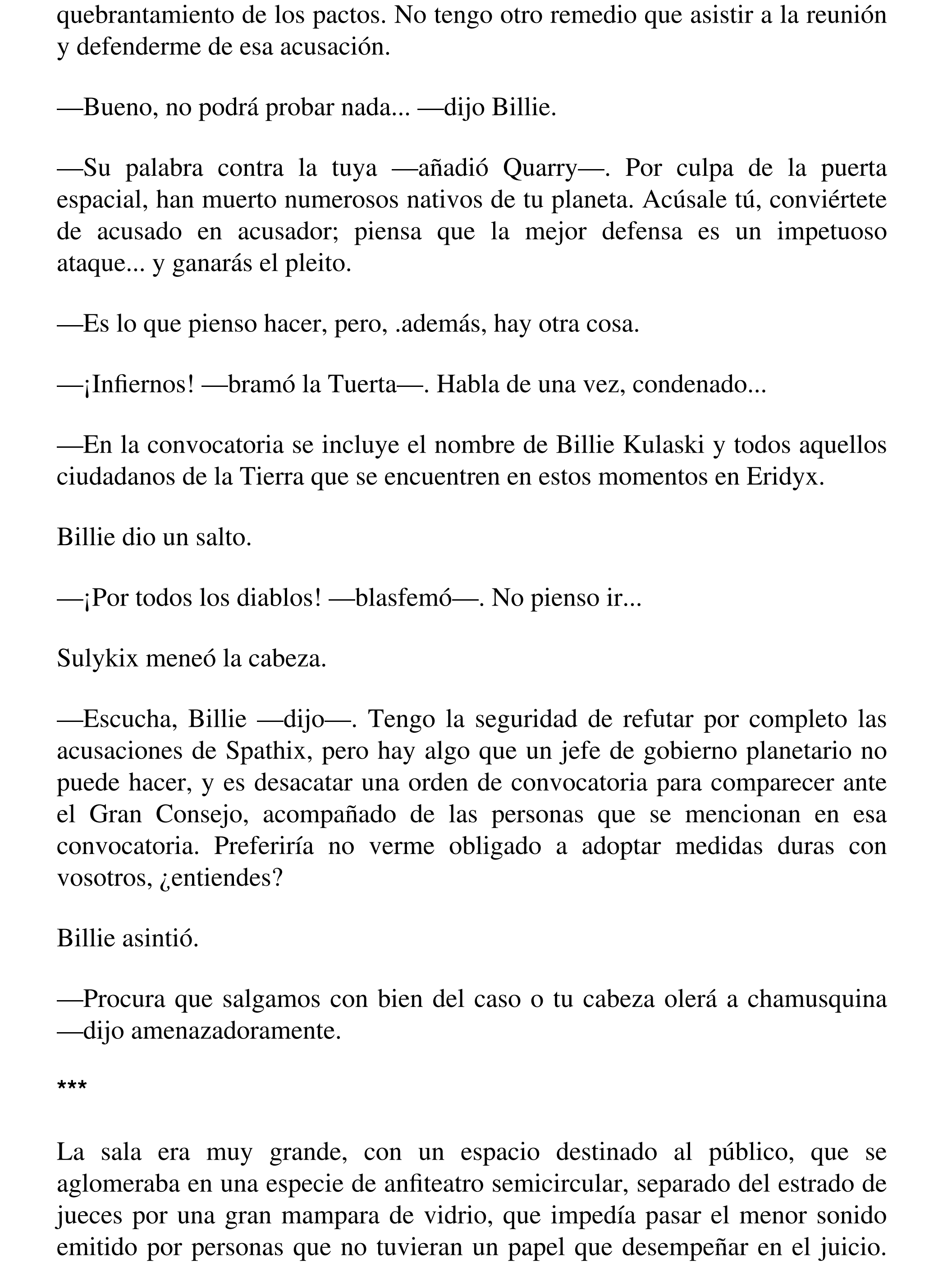
Quarry abrió y cerró sus enormes manazas.

—Puedes dejármelo a mí, si quieres que la diversión dure un rato más —contestó con siniestro acento.

Bien entrada la noche, volvieron a ver a Sulykix. Por la expresión de su rostro, Billie adivinó que era portador de malas noticias.

—¿Qué sucede? —gritó.

—He recibido una convocatoria, para la reunión del Gran



Consejo, que debe celebrarse pasado mañana, en Rhandos, el planeta-capital.

-¿Y...?

—Resphol-Tun, jefe del gobierno de Spatnix, me acusa de felonía y de quebrantamiento de los pactos. No tengo otro remedio que asistir a la reunión y defenderme de esa acusación.

—Bueno, no podrá probar nada... —dijo Billie.

—Su palabra contra la tuya —añadió Quarry—. Por culpa de la puerta espacial, han muerto numerosos nativos de tu planeta. Acúsale tú, conviértete de acusado en acusador; piensa que la mejor defensa es un impetuoso ataque... y ganarás el pleito.

—Es lo que pienso hacer, pero, .además, hay otra cosa.

—¡Infiernos! —bramó la Tuerta—. Habla de una vez, condenado...

—En la convocatoria se incluye el nombre de Billie Kulaski y todos aquellos ciudadanos de la Tierra que se encuentren en estos momentos en Eridyx.

Billie dio un salto.

—¡Por todos los diablos! —blasfemó—. No pienso ir...

Sulykix meneó la cabeza.

—Escucha, Billie —dijo—. Tengo la seguridad de refutar por completo las acusaciones de Spathix, pero hay algo que un jefe de gobierno planetario no puede hacer, y es desacatar una orden de convocatoria para comparecer ante el Gran Consejo, acompañado de las personas que se mencionan en esa convocatoria. Preferiría no verme obligado a adoptar medidas duras con vosotros, ¿entiendes?

Billie asintió.

—Procura que salgamos con bien del caso o tu cabeza olerá a chamusquina —dijo amenazadoramente.

***

La sala era muy grande, con un espacio destinado al público, que se aglomeraba en una especie de anfiteatro semicircular, separado del estrado de jueces por una gran mampara de vidrio, que impedía pasar el menor sonido emitido por personas que no tuvieran un papel que desempeñar en el juicio.

En cambio, los espectadores podían escuchar cuanto se decía en el tribunal, mediante un bien disimulado sistema de micrófonos y altavoces.

Los jueces eran veintisiete, uno por cada planeta de la Federación, excepto los dos implicados en el caso, cuyos asientos se hallaban ostensiblemente vacíos. Cada uno de los jueces vestía una túnica de color púrpura, con bordes dorados, y el número y emblema de su planeta sobre el lado izquierdo de la prenda. Se había efectuado un sorteo para determinar el puesto de presidente y moderador al mismo tiempo, y el cargo había correspondido al representante del noveno planeta, Ewosth.

Frente al tribunal, que formaba un amplio semicírculo, se hallaban los demandantes y los demandados, acompañados de los testigos. Había una notable expectación, ya que eran muy contadas las ocasiones en que un gobierno planetario solicitaba una convocatoria urgente, para acusar al gobierno de otro planeta. Las cámaras de televisión llevarían los debates a los más remotos rincones de la Federación, mediante grabaciones que se enviarían a través de las puertas espaciales. Resphol-Tun ocupaba su puesto, acompañado de Zelpha y de Thuiver. Al otro lado, Sulykix, un tanto inquieto, aparecía junto a Billie y Quarry.

El representante de Ewosth declaró abierta la sesión y concedió la palabra a Resphol-Tun. El jefe de gobierno de Spathix expuso sus quejas, y acusó a su colega Sulikyx de felonía y de conspiración para conseguir le fuese impuesta una sanción que, apoyándose en bases falsas, resultaría injusta e improcedente.

Resphol-Tun eximió de toda responsabilidad a los habitantes de Eridyx, deliberadamente engañados por su jefe de gobierno y conducidos muchos de ellos a la muerte, por satisfacer sus ansias de poder y su codicia.

—La condena que debéis imponer al demandado y que dejo a vuestra indudable discreción y sabiduría, no ha de afectar a personas que son completamente inocentes de sus actos y que obraron de buena fe, engañados por quien debía dirigirles recta y honestamente —concluyó—. Sólo hay un responsable, aparte de sus más directos colaboradores, presentes en esta sala, y ese responsable es Sulykix.

El presidente asintió brevemente. Luego hizo un ademán:

—El demandado puede defenderse —indicó.

Sulykix se puso en pie.

—Excelencias, desde este momento declaro injustas y falsas las imputaciones

que mi colega Resphol-Tun ha arrojado sobre mi intachable reputación, como montones de basura verbal, hedionda y repugnante, y acerca de las cuales no habría respuesta que dar, si no fuese por salvaguardar mi honor, repito que injustamente atacado.

«Culpable de todo lo sucedido es Spathix, en tanto que unidad planetaria, si bien he de hacer la salvedad que no se puede culpar a la inmensa mayoría de sus ciudadanos. Excelencias, hace ciento veinte años, se firmó un tratado entre los dos planetas, tratado que posteriormente fue ratificado por la Federación, y elevado al rango de norma legal, con carácter de obligatoriedad para ambas partes.

»Este tratado ha sido escrupulosamente respetado por nuestra parte. Jamás hemos tomado parte en asuntos internos de Spathix ni hemos realizado acto alguno que pudiera poner en peligro o causar daños físicos a todos, parte o incluso uno solo de sus naturales. Nunca hemos realizado el menor acto hostil y nunca nadie puede acusarnos de haber alzado un solo dedo contra cualquiera de los nativos de Spathix. Todo el mundo conoce, además, el natural pacífico, amable y hospitalario de los habitantes de Eridyx, planeta en el que la naturaleza ha prodigado los dones de todas clases, desde los frutos más sabrosos hasta un clima paradisíaco, que permite la ausencia de ropajes durante la mayor parte del año. Allí no hay ambición, ni codicia ni reina la envidia ni Juan quiere lo que tiene Pedro o viceversa o Antonio se siente desdichado porque no es como Roberto... No, nada de eso; Eridyx es un Edén, hasta el punto de que las armas que empleamos son puramente decorativas y el número de personas que tenemos como soldados es ridículamente pequeño comparado con el de la población total del planeta.

»Pero muy recientemente, Spathix pidió y obtuvo los derechos de instalación de una puerta espacial en Eridyx, al objeto de facilitar los intercambios comerciales. Aunque en un principio nos resistimos, sabedores de los posibles riesgos con que deberíamos enfrentarnos, accedimos finalmente, confiando en la honestidad y buena fe del gobierno de Spathix, gobierno que, además de actuar con toda deslealtad, hizo que unos mercenarios terrestres desembarcaran ilegalmente en nuestro planeta, sometiendo a las mayores vejaciones a los habitantes de un pequeño poblado, violando repetidamente a sus mujeres y obligando a las personas de uno y otro sexo a trabajar como esclavos en la extracción de oro, metal abundante en Eridyx. Esos actos han causado más de cien muertes, aparte de otros daños, hechos absolutamente irrefutables, y de los cuales acusamos al gobierno de Spathix. Por tanto, Excelencias, solicito una declaración de culpabilidad hacia el gobierno mencionado y las personas que, directa o indirectamente le hayan apoyado, y que a ese gobierno le sean aplicadas las penas previstas en la legislación vigente. He dicho.

Un profundo silencio sucedió a las palabras de Sulykix quien, tras ejecutar un florido volteo con el brazo izquierdo, para arreglar su manto, volvió a sentarse.

«Una acusación perfecta de forma y de fondo, y con una retórica impecable, 'si no fuese porque es absolutamente falsa», pensó Thuiver, mientras fijaba la vista en Billie, sentada a la derecha de Sulykix.

La Tuerta sonreía displicentemente. Quarry, al otro lado, parecía muy interesado en averiguar qué sacaría del interior de su nariz con la barrena de su meñique izquierdo.

El presidente rompió el silencio instantes más tarde:

—Hemos oído los alegatos de una y otra parte litigantes. Al parecer, Eridyx ha sufrido daños considerables, no sólo en sus propiedades, sino, lo que es más grave, en las vidas de sus habitantes. Spathix es objeto ahora de una grave acusación que, de ser probada, podría acarrearle gravísimas sanciones. Por tanto, a su jefe de gobierno toca ahora rebatir o admitir los hechos que se mencionan en tal acusación.

Resphol-Tun se puso en pie.

—Excelencias, los hechos mencionados por mi honorable colega, Sulykix, aun siendo ciertos, no son imputables a nosotros. Solicito se me permitan realizar las pruebas que permitan mostrar sin lugar a dudas nuestra inocencia.

—¿Qué pruebas propone el demandado?

—Interrogatorio bajo psicoproyector de imágenes reales, Excelencias.

CAPITULOXII

La petición de Resphol-Tun provocó cierta agitación entre los componentes del tribunal. Sulykix se removió inquieto en su asiento. Billie frunció el ceño, repentinamente aprensiva.

El presidente alzó una mano.

—La petición formulada por nuestro honorable colega Resphol-Tun resulta no ya insólita, sino contraria a los usos y costumbres de esta Federación —dijo.

—Pero no contraria a la ley, Excelencias.—Aunque Resphol-Tun hablaba con el presidente, se dirigía al tribunal colectivamente—. De acusador me he convertido inesperadamente en acusado, y lo grave es que si esa acusación prosperase, no sería yo el único en sufrir las consecuencias de una sentencia adversa, sino la población entera del planeta al que represento. Por otra parte, si mi honorable colega está tan convencido del apoyo de la ley, no tendrá motivo alguno para oponerse a una petición que debiera probar concluyentemente sus acusaciones.

Thuiver vio a Billie que cuchicheaba con Sulykix. Este, malhumorado, la apartó de un manotazo. El joven ocultó una sonrisa. Era evidente que Sulykix no se había esperado una reacción semejante.

Resphol-Tun continuaba hablando:

—El psicoproyector, utilizado en los testigos que se señale, probará concluyentemente quién fue el culpable de las matanzas denunciadas por nuestro colega Sulykix. Cuando alguien es objeto de una acusación gravísima, tiene no sólo el derecho, sino el deber de defenderse con todos los medios legales a su alcance, por más que el uso del psicoproyector haya sido abandonado en los últimos tiempos. Pero «uso abandonado» no significa «uso proscrito». Todavía no se ha aprobado y promulgado ninguna ley que prohíba su empleo, ley que, en todo caso, habría sancionado la costumbre de su no utilización. Ahora bien, ante la inexistencia de esa ley, yo, respetuosamente, insisto en el empleo del psicoproyector, para que sea aplicado a las dos partes en litigio.

El presidente alzó una mano.

—La petición del honorable Resphol-Tun debe ser estudiada por este tribunal y no puede hacerse en público. Por tanto, se levanta la sesión durante sesenta minutos. Dentro de una hora, daremos a conocer nuestro dictamen sobre la

utilización del psicoproyector.

***

El tribunal se había retirado a deliberar. Los contendientes permanecían en la misma sala.

—¿Cómo decidirán la aplicación del psicoproyector? —preguntó Thuiver.

—Por votos —contestó Resphol-Tun—. Pero se necesita una mayoría equivalente a las tres cuartas partes de los votantes. Si no se consigue en la primera votación, se efectúa una segunda. La tercera decide en un sentido u otro.

—Es decir, de veintisiete miembros...

—Se necesitan veinte afirmativos.

—¿Y si la votación resultase negativa?

Resphol-Tun meneó la cabeza.

—Está en juego el destino de un planeta durante los próximos cinco o tal vez diez años. No es una cuestión que deba tratarse a la ligera.

—Ya. Pero si dicen que no, Spathix va a padecer muchísimo.

—Hubo pérdidas de vidas humanas. A la Federación interesa conocer la verdad.

Thuiver miró hacia el otro lado de la sala, en donde Billie

y Quarry conferenciaban con Sulykix. La Tuerta parecía sumamente nerviosa.

—Pero, bueno, ¿qué diablos es eso del psicoproyector? —preguntó de mal talante.

—Nada, no lo aprobarán —contestó Sulykix, no menos enojado.

—Escucha, mono con toga, tengo derecho a saber qué diablos es ese artefacto.

—Si quieres, yo puedo explicártelo.

Billie se volvió y su único ojo emitió un brillo insano al ver a Thuiver a dos pasos de distancia.

—Estás seguro de ganar, ¿eh? —masculló.

—Absolutamente —respondió el joven—. Por si ese miserable que tienes al lado no te lo ha dicho, yo lo haré en su lugar. El psicoproyector es una sonda mental que, tras sumir al paciente en un sueño hipnótico, le hace recordar con todo detalle imágenes de los sucesos objetos de debate, imágenes que, con los sonidos propios de los hechos presenciados por el testigo o de los que fue protagonista, y que, al hallarse grabados indeleblemente en el subconsciente, no pueden ser objeto de falseamiento alguno y bajo esas condiciones, se proyectan en una pantalla y son visibles para todos.

»Por tanto, cuando me apliquen el psicoproyector, saldrá a relucir la entrevista clandestina que tú y Sulykix celebrasteis en la casa en que te alojabas en el poblado, la noche siguiente al primer combate. Fue la noche en que yo ataqué y reduje a tus centinelas y luego, aprovechando la borrachera de tus piratas, quité el circuito de carga a todas las pistolas, menos una. De este modo, el tribunal sabrá que tú y Sulykix estabais ya en connivencia desde hacía un par de años al menos, y que fue el propio Sulykix, con su traidora actuación, el causante de las muertes de sus propios súbditos. La sentencia ya no depende de mí, sino del tribunal —concluyó Thuiver tajantemente.

Billie se puso pálida. Sulikyx tenía la cara llena de sudor. De pronto, Billie se volvió hacia Sulykix. —Dime, ¿es cierto lo que ha dicho este hombre? —preguntó.

—Sí... pero yo no creía... Nunca esperé...

—¡Imbécil, mil veces imbécil! Si me lo hubieras dicho antes...

Billie temblaba de rabia. Plácidamente, Thuiver añadió:

—Con toda seguridad, no te condenarán a muerte, Billie. Lo más probable es que te envíen a Zthar, un asteroide desolado, fuera de las espacio-líneas, una especie de isla desierta en este sector de la galaxia, en donde permanecerás confinada para el resto de tus días. No morirás de hambre y sed... pero te sobrarán años para arrepentirte, porque, según las leyendas, si la existencia es muy dura en Zthar, no es menos cierto que la permanencia en ese asteroide prolonga la vida en más del doble de lo normal. No se sabe por qué es, pero es así.

Ahora la cara de Billie estaba roja de ira.

—Y yo que esperaba... —bramó—. Sulykix, maldito hijo de perra, ¿te das cuenta del lío en que me has metido? Tengo treinta y dos años... ¿y crees que voy a pasarme doscientos o más en un pedrusco perdido en el espacio?

Sulykix extendió las manos desesperadamente.

—¡Aguarda! ¡No! Aún se puede arreglar todo...

—¡Tú lo arreglarás en el infierno! —tronó Billie, a la vez que sacaba de debajo de sus ropajes la pistola electrocutante.

Zelpha chilló agudamente. Thuiver saltó hacia Billie, pero era ya tarde.

La descarga alcanzó de lleno a Sulykix, convirtiéndolo en una masa de carbón, con figura humana, de la que se desprendía un repugnante hedor a carne quemada. Billie, enloquecida, volvió el arma contra el joven, pero el puño de Thuiver alcanzó su mandíbula y la arrojó a varios metros de distancia.

En la sala se produjo un gran revuelo. Quarry, desesperado, intentó escapar, pero fue atrapado por los guardias de la entrada. Billie fue reducida asimismo a la impotencia, antes de que pudiera recobrarse del golpe recibido.

El tribunal regresó al finalizar el plazo prescrito y tuvo que dictar dos sentencias.

En realidad, una sentencia, puesto que desaparecido uno de los demandantes, la demanda ya no tenía razón de ser. Simplemente, se practicaría una investigación en Erídyx, por una comisión neutral, que haría un informe de **los** hechos, mediante las aportaciones de testigos presenciales y víctimas de las depredaciones de los piratas. Spathix no sufriría ninguna sanción.

La segunda sentencia fue dictada contra Billie y Quarry.

—Modificación de la personalidad, mediante lobotomía —decretó el presidente del tribunal.

—¡Me van a convertir en un vegetal viviente! —aulló la Tuerta, al conocer la pena dictada.

—No, sino en una persona decente, en cuyo cerebro ya no se albergarán más ideas de maldad; antes al contrario, te sentirás ansiosa de ayudar a tus congéneres y no concebirás más sentimientos de ambición ni codicia. En estas condiciones, serás más útil a la comunidad, que desterrada en Zthar o muerta, por ejecución de la sentencia capital. Y esto que he dicho, se puede aplicar a tu compañero Royd Quarry.

Los guardias se llevaron a Billie y a Quarry. Thuiver meneó la cabeza.

—Bien mirado, no salen malparados —comentó.

—Hay algo que no entiendo —dijo Zelpha de pronto.

-¿Sí?

—El entendimiento entre Billie y Sulykix. Billie y sus piratas fueron a parar a Eridy de modo casual. Pero ya se conocían...

—Bueno, tú sabes que Billie viajaba constantemente, de modo que no es difícil imaginar una parada suya en Eridyx, precisamente, cuando se estaba instalando la primera puerta espacial, a petición de tu gobierno. Lo que sucede es que allí se hizo de una forma oficial, mediante pacto entre gobierno y gobierno... y en la Tierra, el tuyo, actuó solapadamente, enviando una nave misteriosa, cuyo objetivo no conocía nadie.

—Es que ya te lo dije, nos dábamos cuenta de las perturbaciones que podían sufrir vuestros transportes, vuestros negocios, el comercio entero, si se descubría de repente la inutilidad de las naves espaciales. Aquí ya habíamos solucionado este problema, pero en la Tierra, causaría, causará, mejor dicho, graves trastornos... Queríamos evitar tales inconvenientes, en la medida de lo posible. Luego, la cosa se complicó, con el asesinato de Hatko-Lon. Pero estábamos hablando de Billie y de su complicidad con Sulykix.

—Ah, sí, es cierto. Bueno, yo me imagino, y creo que acabaremos comprobándolo, que Billie y Sulykix hicieron un trato. Billie, escéptica, no creyó del todo en las puertas espaciales. Era mujer habituada a creer en lo que veía y tocaba y, aunque dijo que sí en un principio, luego continuó su carrera de depredaciones, que le daban un interés tangible e inmediato. Sólo fue, después de su fracaso con la reclamación sobre la *Dulce Anita,* cuando se le ocurrió asaltar la *Enigma Cósmico.*

»Y entonces, inesperadamente, utilizó una puerta espacial y se encontró en Eridyx con todos sus compinches. Pero ninguno conocía su trato con Sulykix y, además, ella tampoco hizo demasiado caso, porque el hallazgo del oro podía proporcionarle una fortuna incalculable. Claro que luego las cosas se complicaron y no tuvo otro remedio que hacer honor al pacto establecido con Sulykix. Ahora ya era su propia conveniencia y por ello se mostró de acuerdo en actuar como Sulykix quería.

—Bien, pero, ¿qué beneficios esperaba obtener Sulykix? —inquirió la muchacha.

—La respuesta es bien sencilla —dijo Thuiver—. Eridyx, efectivamente, es un Edén, donde, por la naturaleza de su suelo, de su clima y la bondad

congénita de sus habitantes, la codicia y la ambición están proscritas... hasta que llegó la serpiente en forma de puerta espacial, para facilitar el comercio.

—Una puerta espacial no es una serpiente —protestó Zelpha indignadamente.

—Sulykix era ambicioso y no se conformaba con ser jefe de gobierno de un planeta edénico. Quería más, mucho más... y sólo lo hubiera conseguido, mediante la aplicación de sanciones a tu planeta. Eso le hubiera conferido riqueza y poder poco menos que infinitos... pero el muy tonto ignoraba un detalle fundamental.

—¿Qué detalle?

—El oro y su carencia prácticamente absoluta en la Tierra. En tanto que en Eridyx abunda tanto como las piedras en los ríos, en la Tierra ya se han agotado sus yacimientos. Habría podido obtener cualquier cosa... pero ft falló la información, y una partida semejante no se puede jugar sin una buena información, aparte de que, la empresa era muy superior a sus fuerzas. Hubiera sido una especie de conquista incruenta e invisible de Spathix, lo que le hubiese llevado a la conquista de la Federación en un plazo mayor o menor. Sin embargo, era un bocado demasiado grande para él y, sobre todo, no supo elegir bien a sus secuaces. —Lo que le condujo a la derrota. —Exactamente. Zelpha suspiró.

—También nosotros cometimos errores —dijo. —No hubo malicia en ello, sino, más bien, exceso de confianza en las fuerzas propias, aparte de un recelo injustificado hacia quienes iban, serán mejor dicho, vuestros aliados. —Los terrestres. —Así lo espero. Thuiver hizo una corta pausa.

—Se producirá una gran conmoción cuando se desvele el secreto de las puertas espaciales, pero, con el tiempo, las aguas volverán a su cauce y los beneficios serán para ambas partes —añadió—. Y ya que hablamos de beneficios, ¿por qué no estudiamos la fundación de una sociedad que nos beneficie a los dos?

—¿Qué clase de sociedad? —preguntó Zelpha—. ¿Mercantil? ¿De transportes? ¿Científica? ¿Asesoría jurídica?

Thuiver se echó a reír, a la vez qué pasaba el brazo por los hombros de la muchacha.

—Nada de eso. Fundaremos la sociedad propia de un hombre y una mujer que, me parece, se sienten recíprocamente atraídos. ¿Sabes qué nombre recibe esa sociedad? —¡Matrimonio! —exclamó Zelpha alegremente. —La señora ha ganado un premio por haber acertado la respuesta correcta —anunció

Thuiver, a la vez que se inclinaba para besar a la muchacha.

FIN